

COLECCIÓN UNIVERSAL

Eugenio d'Ors

—

LA BIEN PLANTADA DE XENIUS

MCMXX

Papel fabricado especialmente por La Papelera Española.

COLECCION UNIVERSAL

EUGENIO D'ORS

La Bien Plantada

de Xenius

La traducción del catalán ha sido hecha por Rafael Marquina.



MADRID-BARCELONA
MCMXX

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 8.—MADRID.

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION CASTELLANA

No siempre hemos vivido en buena harmonía mi Cataluña y yo. Casi a diario me he batido con ella, y tengo la punzante seguridad de haberla alguna vez lastimado. ¿Habrá joven amor fecundo sin pelea y herida? Si, pues, se amparan hoy en el regazo de una Cataluña materna ciertas vigorosas criaturas que son hijas suyas y mías, bien será por coyunturas anteriores de ataque y sumisión.

Pero amor no se compone únicamente de tempestades ni conyugalidad tampoco, sino, además, de calmas serenas. Dase en ellas el amante a larga contemplación de la amada, y recorre en detalle los aspectos de su perfección. El "Cantar de los Cantares" se cantó así, en el desmayo de lo acabado de poseer. Así, la "Vida Nueva", en la nostalgia interminable de lo perdido. Así, igualmente, el oportuno alejamiento guardado, mi "Bien Plantada" pequeña, en un momento de la vida que era, a la vez, de nostalgia y de posesión, porque era de recobramiento.

Tras múltiples peregrinaciones estudiosas regresaba el enamorado a su casa. Rico como un mercader de fortuna, fuerte por la caricia de sol y

viento en las alturas y en los mares. La amada le acogió en vacaciones, con el vestido de verano, casi tan bello como su misma desnudez. El sonrió, sonrió ella, y un a manera de juego docto de espejos prolongó hasta lo infinito el reflejo de aquellas sonrisas y su mutuo deleite. Y esto se llamó Teresa, la Bien Plantada.

Libro votado a los auspicios de la paz, la paz, a despecho de su vocación, le fué con gran dificultad concedida. Extrañas irritaciones y agitaciones acompañaron, para un sector de Cataluña, su primer hora de popularidad. Leí un día en el *Diatari* de un mal conocido escritor de Vich, el oscuramente trágico Francisco Rierola, la siguiente expresión, referida a una pintura académica: "Esas desnudeces *que dan rabia*..." Ese estado de espíritu en el cual una forma amable puede dar rabia, a mí, personalmente, me cuesta mucho de comprender. Comprendo, es claro, la complacencia, el placer, el deseo, la exaltación; comprenderé también, por otro lado, la aversión, el asco, la angustia. ¿Pero la ira, la rabia?... Creo, sin embargo, que semejante estado de espíritu dista mucho de lo excepcional entre gentes ibéricas. Parece que al dinamismo apasionado del ibero fiero sientan como un insulto algunos aspectos de la belleza sencilla.

Pero en casos parecidos, echar sobre las gentes toda la culpa suele ser tan cómodo como injusto. Ahincando en el tema, y tal vez ahincado yo por cierto remordimiento, he venido en sospechar yo

mismo si en las más inocentes páginas que jamás haya escrito pluma pudiera disimularse una envenenada fuente de turbación. Algo que no puedo explicar, algo extraño y secreto debe de haber en el pobre libro, cuando, desde desordenar el ámbito de las contiendas literarias, turbio ámbito al fin, ha pasado tal vez, más sutil y dramáticamente, a tema de desorden en la soledad de algunas mentes o conciencias. Me dicen que se albergan hoy en las casas de salud de Cataluña, algunas mujeres con delirio de creerse la Bien Plantada. ¿Qué puedo yo hacer, si no tengo bastante luz para reconocer aquella fuente, si existe, ni nadie me la señala tampoco, y el mal que haga no lo hago, sino el designio de los dioses por frágil instrumento de mí?

Combatido por tenaces dudas, he dejado últimamente transcurrir algunos años sin proveer a repetir las ediciones del texto o de su traducción. La última edición catalana se agotó en 1912; y confieso que he recibido con mala disposición algunas solicitudes nuevas... Pero hoy, ante una más amiga que las otras, honrosa como la que más, decido por fin poner término al período de abstención. He pesado, con ánimo puro, el pro y el contra. El contra ya está dicho; permítaseme ahora una palabra sobre el pro. Confusos andaban los aires morales de mi tierra; su razón, que aquí llamamos *seny*, enferma de vegetaciones parásitas; su gusto, perdido entre las peores abominaciones de un arte radicalmente reñido con

lo clásico y con la simplicidad. Ahora todo esto ha empezado a mejorarse y a ponerse en orden; seguramente, mi dulce Teresa no es a ello extraña. Y si fué dicho que Helena valía la guerra de Troya, bien vale algún mareo y algún chillido la arribada majestuosa de un pueblo, bello como una nave, a las playas de la normal civilización.

EUGENIO D'ORS.

Canet de Mar, 8 de diciembre de 1919.

PARTE PRIMERA

I

De la aparición de la Bien Plantada

Quum canerem reges et proelia, Cinthius, aurem
Vellit, et ad-monuit; Pastorem, Tityre, pinguis.
Pascere oportet ovis deductum dicere carmen.

Yo soy quien dijo un día, en glosas estrictas y enamoradas, las gracias y virtudes de la norteamericana doncella curiosa, encuentro en una pensión de familia en Ginebra; y más tarde, el encanto de la bella dama parisina que, dreyfusista diez años atrás, se había pasado después al otro lado de la barricada, y sabía razonarlo mientras saboreaba las pastas del te y los brilladores dátiles. Pero hoy, como me preparase a decorar el recuerdo de alguna otra lejana beldad, Cinthius, ha venido a tirarme de la oreja y a decirme: "Conviene Xenius, al catalán Glosador, no feminidades extrañas, sino las aromosas con el perfume de su tierra, celebrar..." Y por esto quisiera ahora cantaros la Bien Plantada que ha florecido, más alta que las demás, estos cálidos

días de oro, en un humildísimo lugar veraniego, pequeñito y blanco, cabe la azul amplitud mediterránea.

Débese ante todo señalar aquí el hecho peregrino de que la aparición de la Bien Plantada en el pueblo pequeño se ha realizado por tan maravillosa manera, que nadie hoy podría decir, a pesar de que su belleza es de las que atraen la mirada en seguida, ni cuándo haya llegado ni cuándo por primera vez se mostrara a la pública curiosidad. Esta aparición de la Bien Plantada ha sido tan sutil y tan natural a un mismo tiempo, como la de la primera estrella vesperal. Ahora está aquí, y hace un instante todavía no estaba. ¿De dónde sale la estrella? ¿De dónde sale la doncella bonita? Ibais a mirar un jardín, ibais a mirar una barca, ibais a mirar la mar, cuando os ha sorprendido la gracia de su cabeza, por encima de las cabezas de sus hermanas. Después ha desaparecido. Pero, una hora más tarde, la habéis vuelto a ver dominando ahora las cabezas de un corro de amigas.

Por la noche, en el Casino, contáis el caso a vuestros amigos. Y todos vuestros amigos la han visto al mismo tiempo y la han visto de la misma manera. Vosotros habéis empezado diciendo: "—Hoy he visto por primera vez una muy guapa." Los amigos han dicho: "—¡Y yo también! ¡Y yo también!... ¡Y yo!—¿Cómo es la vuestra? —Así, así y así.—Es la mía misma. Y la mía. Y la mía"...

Pero alguien sabe más; sabe que la Bien Plantada es de Barcelona.

¿De Barcelona? ¡A ver! ¡A ver! Crece aquí el milagro. ¿La Bien Plantada es de Barcelona y nadie la conoce? Una muchacha así no pasa inadvertida. ¿No se la ha visto en invierno, en el Liceo; en primavera en el "polo"? ¿No se la ha hallado en ningún funeral? ¿Los mañaneros peripatéticos del paseo de Gracia no la han divisado una sola vez? ¿Al atardecer, no ha comparecido ninguna al paseo de coches? ¿No se le puede atribuír, ni siquiera por referencia, un nombre conocido, de crédito, en la aristocracia, en la propiedad, en el comercio, en la bolsa, en la industria, en los tejidos, en la piedra artificial, en los futuros del algodón? ¿Se tratará de una sobrevenida? ¿Se tratará—las apariencias pueden engañar mucho—de una aventurera? Si así es, ¿de qué país y por qué azar llegaría aquí una aventurera?...

Pero no. Las apariencias pueden engañar mucho; no tanto. Pondríamos las manos en el fuego... ¿Todo, pues, será puro prodigio en torno a la aparición, en el pueblecito veraniego, de tan perfecta criatura?

La perfecta criatura pasea en este momento por la playa. Viene conversando aún con sus amigas. Es siempre la más alta; y más altos que ella ya no hay sino el cielo y la noche. Callando aplicando el oído, podéis, desde el balcón del Casino, oír sus palabras.

Y acontece entonces algo de una infinita dulzura. Callando, aplicando el oído, poniendo el alma en vuestra atención, habéis oído que la Bien Plantada habla con sus amigas un catalán puro y bien acordado.

II

De la figura y externas condiciones de la Bien Plantada

Guárdate, admiración mía, guárdate de empujarme a lirismo, al venir al punto en que es de razón que trate de la figura de la Bien Plantada. Ni a comparaciones te des, ni palabras imprecisas y prestigiosas, fáciles caminos de la fácil sugestión, te sepan tentar. No cantes nada, no exaltes nada, no mezcles nada. Define, cuenta, mide... Haz por decir, como Stendhal, loco de pasión, no obstante, por la iglesia de San Pedro en Roma, al empezar su descripción: *Voici des détails exacts.*

He aquí, pues, detalles exactos. Tiene la Bien Plantada un metro ochenta y cinco centímetros de altura. De los pies a la cintura, un metro veinticinco; sesenta centímetros de la cintura a la cabeza. En torno a esta inicial desproporción dichosa se agrupan, en el resto, las más acordadas proporciones. Así el pie, no demasiado pequeño, es fino y viviente en toda su extensión, del talón a la punta. Los tobillos parecen un poco anchos,

tal vez, pero es solo favor de la media blanca. Al andar se adivinan las rodillas redondas, poderosas y perfectas. Y el problema de unir las largas viajeras extremidades con el tronco, que reposa, parece resuelto por la arquitectural natura según un escondido sutil artificio a la manera del que el Renacimiento empleó con la invención de los que se llamaron "duomos".

El tronco, pues, generoso y del todo helénico, habría pecado de excesivo en 1909, pero se aviene plenamente con las modas sueltas, holgadas, clásicas, armoniosísimas, de 1911. Los brazos son largos; gruesos al nacer de la espalda, disminuyen dulcemente; lejos del defecto de los de la bailarina rusa Trouhanowa, que son tan anchos cerca de la axila como cerca de la mano. Las manos de la Bien Plantada no las alabaríamos por aristocráticas ciertamente, que anchas son y un poco bastas. El busto está lleno de dignidad y no exento de cierta apariencia de fatiga, acordada también a las modas de este verano. En espera de las maternales abundancias, este busto se consagra ahora totalmente a la delicia suprema de la respiración. Quizá se juzgaría un poco pequeña la cabeza sin la suntuosa cabellera, que es de un rubio obscuro, salva de todo exceso y peinada con grande método y limpieza. Desde la frente hasta el rodete extremo de la cabellera, que es muy bajo, contaríamos unos treinta y cinco centímetros. Mas, por muy abajo que aquél descienda, deja todavía lugar a la ancha maravilla de una nuca que tiene

en el centro una prominencia leve, debida, acaso, a que el rápido crecimiento de la doncella la ha habituado al vicio de bajar un poco la cabeza.

Pero aquí ya los detalles exactos vendrían a faltarme si yo intentase describir dos condiciones, de imposible descripción; el movimiento y los ojos. No puedo decir más, por lo de no querer salir de una economía estrecha, que si el movimiento de la Bien Plantada es presidido por la Música, la gracia de sus ojos debe de caer bajo la competencia y jurisdicción de Urania, musa de la Astronomía.

III

De la moda y del modo de vestir de la Bien Plantada

Hemos dicho que la belleza de la Bien Plantada se halla tranquilamente de acuerdo con las modas estivales de 1911. Y esto necesita una explicación. Porque en verano de 1911 se cuentan dos órdenes de moda distintos. Uno, adoptado por las mujeres más inteligentes; otro, por aquellas que no lo son tanto. Este es el orden del vestir trabado y ceñido a ultranza; en el primero, contrariamente, la gracia está en la holgura, espuma y frescor. Del uno abominan a un tiempo mismo moralistas y artistas; el flojo encanta a los artistas, y si a los moralistas no los satisface por

completo, tampoco saben qué graves reparos oponer.

La Bien Plantada, pues, como podía esperarse, viste a la moda holgada, la cual es la única que conviene, en general, a las ufanosas mujeres del país. Cuando éstas, por mala inteligencia y equivocada información de lo que se lleva en París, quieren encerrase en trabas y ligámenes, suelen ofrecernos visiones tan inmodestas e indecorosas que son con ellas la vista y el gusto del forastero lamentablemente sorprendidos. Por el contrario, holgura y espuma no sólo sientan bien en el cuerpo normal de nuestras típicas beldades, sino que se avendrían también al cuerpo inmortal de las estatuas clásicas de los museos. Estoy seguro de que la blanca vestimenta que lucía anoche la Bien Plantada diría bien, tan bien como en el suyo, en el cuerpo de la Venus de Milo. Que quizá en vida vestía así, y quizá hacía sus vestidos ella misma. Porque la cara de la Venus de Milo es de tener muy buenas manos.

¿Veis? Hoy, con un vestido color de fresa, la Bien Plantada ya estaba un poco, un punto menos hermosa. La alta criatura debe haberlo entendido así. Porque por la tarde la hemos vuelto a ver vestida de blanco, como ayer, como anteayer, como en toda buena hora.

IV

De una frase de la Bien Plantada, con la respuesta a algunos corresponsales indiscretos

Señor don R. V., señor don J. M., señor que firmáis "un intrigado" y vos, mi otro indiscreto corresponsal que intentáis corromperme adoptando para firma "un admirador"! ¿Qué inesperado interés ha sabido conquistaros ahora por mis pobres glosas? ¡Qué! Vosotros habéis podido leer la selección, recientemente publicada, de "Aforismos de Josepeh Joubert" sin que se os viniese a las mientes preguntar si era posible procurarse la obra entera del pensador admirable; vosotros habéis escuchado mi elogio de los libros de Georges Sorel, por ejemplo, sin entrar en curiosidad de averiguar qué editor los publicaba; vosotros hubisteis conocimiento de la aventura, anónimamente narrada, del heroico inventor que viendo destruídas por un incendio todas sus notas, fruto de largos años de trabajo, tornó bravamente a comenzar, sin que atinaseis a preguntarme el nombre del protagonista; vosotros habéis recibido impávidos las noticias acerca de la modernísima literatura alemana, acerca del carácter, la vida y la obra de tantos novecentistas catalanes, acerca de los distintos sinsabores y calvarios del pintor Torres-García, acerca del fracasado proyecto de la biblioteca Lorentz, acerca de tantos y tantos asun-

tos de palpitante actualidad, de transcendencia incalculable... Y hoy, porque me place decorar con unas cuantas rápidas notas la silueta adorable de una doncella muy nuestra, heos aquí despiertos, heos aquí engolosinados, heos aquí escribiéndome y poco menos que pidiéndome la dirección... ¡Ah, mis buenos señores, mis pobres señores, lectores interesados, sincerísimos admiradores míos! Bien os sentará un poco de paciencia y bien os sentará un poco de desengaño. Porque los detalles de esta verídica historia no se irán dando a conocer sino poco a poco, según un orden acompasado y artístico; y algunos de estos detalles, algunos de éstos que preguntáis, no serán dados a vuestra curiosidad ni ahora ni nunca. Porque habéis de saber, mis señores y caballeros gentiles, que el arte del escritor público tiene su deontología, que no le es excusa desconocer, que no le es lícito olvidar. Y uno de los más capitales, entre sus preceptos, ordena el respeto más exquisito que, como el médico por su enfermo o el maestro por el niño que educa, ha de sentir el escritor, el artista en general, por aquel pedazo de vida que proporciona materia a su albedrío. Y aquel exquisito respeto debe doblarse cuando este pedazo de vida y arquetipo es una feminidad; y dos veces doblarse cuando es una feminidad perfecta, reuniendo tantas como gracias de corporal armonía, gracias de juicio y de moral discreción.

Y ahora, para vuestro aleccionamiento, para mi aleccionamiento, para el cabal aleccionamiento de

todos, he aquí una frase de la Bien Plantada, ayer, en una fiesta. Blanca, centrando el coro fragante de las hermanas y de las amigas, inclinóse para tomar en sus largos brazos, hechos para la ordenación y el estrechamiento cordial, una gentil criatura que se había entrado en el corro de los mayores. Y alzándola y como meciéndola un poco, a los devotos que se acercaban, dijo:

"A mí, por ahora, no me importan los hombres; pero ¡me gustaría tanto tener criaturas que fuesen mías!"

V

Del pueblecito donde veranea la Bien Plantada

No obstante, una de las preguntas de los corresponsales curiosos era del todo oportuna; aquella que se refiere al lugar de veraneo de la Bien Plantada. Será preciso, no nombrarlo, este lugar, que eso nada importa, sino poco a poco ir refiriendo el aspecto y la manera y color. Y no porque se crea el paisaje esencial a la figura; no porque, según sociología tainiana o técnica de impresionista, se dé demasiada importancia al ambiente; sino porque en el presente caso singularísimo, la alta doncella de que hablamos, en los pocos días que habita el lugar, de tal manera lo ha centrado, que ya ella y las cosas que la rodean forman un imperio único. Y así como es necesario para la definición de un emperador considerar su imperio,

así se ha hecho esencial condición al definirla hablar del pueblo de su veraneo. Porque todo el pueblo es un ameno huerto suyo. Y parece a veces —tan perfecta es la Bien Plantada y tan nuestra la manera de su perfección—que toda nuestra tierra tornóse también huerto suyo. Y que el mar lo es también.

Repetimos, pues, que la Bien Plantada veranea en un pueblecito de la costa. Un pueblecito pequeño, estrecho sobre todo. Esto es el mar, diríamos. Esto ya son campos, con granjas diseminadas y chaticas; y la montaña nace suavemente un poco más lejos. Entre el mar y los campos, el pueblo, que, al pasar del tren, parece formado por una sola calle. La riera lo atraviesa por la mitad. Y estos de la riera serían los únicos árboles, si no se contase con unos huertos de naranjos, y más lejos y más altos, unos bellos cipreses flanqueando un caserón blanquísimo con las solanas de arcos redondos y las pequeñas balaustradas neoclásicas. El resto del pueblo se conservaría también blanco si no lo mancharan y amerengasen algunas turpísimas abominaciones de los anónimos arquitectos y maestros de obras que van infectando toda Cataluña con el odioso estilo que degradó nuestro Tibidabo. Pero, aun, entre la colina de gusto helénico y el suave recorte de la playa, el pueblo conserva una bella línea; aun los redondos naranjos cerca de las casas sencillas y rectas son un reposo de la mirada; aun hay una pequeña iglesia, humilde y familiar, pero de un

selecto gusto barroco, que ha tenido la fortuna de no ser objeto de la caridad iconoclasta de alguna buena alma testadora; aun hay pórticos a un lado de la riera y en la plaza; y otros, junto al mar, que, cortados por los dos extremos, podrían tomarse, si fuese preciso—que no lo es—por una *loggia* bolonesa o toscana; aun hay en la construcción serenísimas verticales, horizontes reposados y pequeños detalles de decoración íntima, sobrios, encantadores y coquetos; aun hay entre la tierra, la vegetación, las casas y el cielo una relación segura, sin brusco salto; y puede decirse, en suma, que los desvaríos arquitectónicos no han dañado excesivamente el pueblo.

En el invierno, la playa, pasada la línea del tren, es desnuda y desierta. Pero en el verano la pueblan y animan las barracas y las casetas de baños. Aumentan, además, el número de las barcas y se agita entre ellas una marinera actividad curiosa. Esta balnearia alegría es de un orden especial y llena de sensualidad casta. Hay una risueña pereza y como una liberación, al desvestirse; crece en una misma familia la deliciosa intimidad, y se forman entre las varias familias como gentilicias unidades, ligadas también por el lazo de haberse visto al aire libre con las piernas y los brazos desnudos. Luego, hay la ensoñación que mantiene a la gente tendida en la playa hasta alta noche contemplando el juego monótono de las ondas.

Encima de la ya nombrada *loggia* hay un casino,

y su balcón es un mirador sobre la mar. Y al otro lado de la riera, sin que se me alcance demasiado la razón, hay un Centro Esperantista, que ha tenido la bienaventurada ocurrencia de pintar de verde la parte superior de su pórtico. Este verde se enlaza, desde ciertos puntos de vista, con azules de la mar, y de ahí nacen armonías del más delicado y dichoso efecto. Debajo del Círculo Esperantista se halla la casa del tartanero, y el gran movimiento de vehículos alboroza constantemente la riera, en la cercanía de la playa. Más arriba están los cafés y las donosas tiendecitas donde se exponen, para la venta, ropas azules de marineros y fajas bermejas o de otros colores, amén de unas fajas de claro azul que ostentan, bordadas en grueso algodón, las flores más pomposas y variadas. Más arriba aún, están las quintas de los señores, cada una con un muro y un barandal en la parte delantera, para cuando la riera baja crecida. Más allá, los árboles se hacen fronda y dan una nota de paisaje muy dentro del gusto del pintor D. José Masriera. No falta a un lado un gran estanque, con ánades zambullidores. Y más lejos se aclaran los árboles y desaparecen, y un puente de hierro enlaza dos ramales de carretera. Por uno se va a la finca de los cipreses. Y por el otro, al cementerio, donde no hay cipreses. Más allá del cementerio, ya en el camino montañero, también desnudo de árboles, hay una ermita donde se celebra romería para la Virgen de Septiembre.

Ya veis, pues, cómo el pueblecillo donde veranea la Bien Plantada no ofrece nada de particular. No es ni rústico ni escarpado ni pintoresco. Ni ofrece el carácter de estación a la moda ni de lugar demasiado silvestre. Pero hay que quererle, precisamente por su humildad, en la que radica el secreto de su gracia y de su verdad profundas. Es un pueblecito de una sutil y escondida elegancia, porque florece en él la raza sin disturbios y porque las casas están unidas a la tierra por algo más que unos fundamentos, y al mar, por algo más que por un reflejo movedizo.

VI

Nuevas revelaciones sobre los ojos de la Bien Plantada.

Comprendo que decir del mirar de la Bien Plantada que parece presidido por la Musa de la Astronomía, aunque es decirlo todo, no es decir bastante. Temo singularmente que la definición se preste a interpretaciones muy erróneas. Puede, en efecto, entenderse que con ello viene a compararse los ojos de la excelsa muchacha—como se han comparado tantos otros—a las estrellas o luminares. Y no es esto. Más que ninguna estrella seríanos preciso traer a comparanza un cielo entero, y no precisamente un cielo natural, un cielo a lo vivo, en nocturno o diurno aspecto, sino de

una manera estricta, *el cielo de una lámina astronómica,* tal como lo hallamos en los atlas o en los libros que se ocupan en la materia. Así presentada, la comparación no ha de tenerse como metafórica, sino como óptica y rigurosamente literal. Aquel verde pálido y brillante de la litografía; aquellos puntos azules, blancos o encendidos; el misterio de aquellas parábolas en líneas de construcción; aquellas pequeñas zonas, diversa y precisamente coloridas; y, en fin, la emoción que produce, emoción grandiosa, extraña y serena, a un mismo tiempo, todo se halla reducido a unidad y compendio en los ojos de la Bien Plantada. Que son vastos, húmedos y llenos de clara profundidad. Y las pestañas tejen sobre ellos una dulce sombra, como la que proyecta sobre los mapas terrestres la jarcia tranquila de los meridianos y paralelos.

Como el rostro tiene una deliciosa blancura lunar, ocurre también que se compare la claridad de la mirada a la que difunde el planeta Saturno. Pero ya he dicho antes que todo lo que sea evocar particularmente un astro me parece cosa inadecuada al tema de nuestra meditación de hoy. Un astro tiene una luz aguda, afilada, crudísima y como temblorosa de frío; los ojos de la Bien Plantada, al contrario, se extienden en una abundante calma y son suaves, y diríamos mejor que se tienden elásticos como un dulce felino en un gesto cálido de pereza.

Mi pluma es, ¡ay!, sobrado torpe para describir

un prodigio de tan sutil sencillez como el que os quisiera comunicar. ¡Ojalá, lectores, los ojos de la Bien Plantada se os aparezcan esta noche, en sueños! Plenamente entenderíais entonces todo lo que de ellos he dicho, todo lo que de ellos diré. Y también entenderíais mañana, si una vez despiertos quisieseis recordarlos o intentaseis explicarlos, cómo es difícil precisar, cómo es atormentadoramente imposible comunicar a los demás las luces que sobre el asunto poseeríais (1).

VII

Del terrible poder de una mujer hermosa

Decimos bella. Decimos hermosa. Lo decimos de una estatua, de una perspectiva, de una habitación. Lo decimos también de una mujer. Esto viene a significar que la palabra tiene dos sentidos. Uno, terrible.

Uno, terrible. He aquí un pedacito del mundo en paz. He aquí unas conciencias casi en la paz. Y llega el destino. El destino son unos cuantos músculos montados sobre un esqueleto. Estos músculos viven; aunque no mucho; no se agitan; están sosegados en una calma real. Pero es todo

(1) Siguen aquí en el texto catalán, y a propósito de la palabra "claricies", usada por "Xenius", unas divagaciones filológicas, llenas de humor.

un gran incendio a su alrededor. El pedacito de mundo prende, arde en el gran incendio. Las conciencias prenden, arden en el gran incendio.

La terrible pujanza de la mujer hermosa ha sido siempre cantada por los poetas líricos y glosada por los novelistas, que viven con los ojos abiertos sobre el dolor del mundo. Pero a mí la descripción que mejor y más profundamente me ha conmovido es la de una canción catalana que llaman *La dama de Aragón*. Es una canción tan suntuosa y tan trágica que parece ornada de púrpura y caliente de sangre. Alientan las palabras en ella ardorosas como los vientos del Sur... Cuando quiere aligerarse con aires de madrigal, estremece, y cuando quiere sonreír, la sentís húmeda por las lágrimas de un llorar desesperado.

En Aragón hay una dama;
Es hermosa como un sol,
Tiene rubios los cabellos,
Que le llegan al talón.
Amorosa Ana María,
Robadora del amor.
¡Ay, amor!

Robadora del amor. Ladrona del amor. Aspero perfume de crimen emana del cantar. He aquí la robadora y su pecado. He aquí también la sed incestuosa y los grandes horrores:

Y su hermano la miraba
Con ojos de vivo amor;
"Si no me fueses hermana,
Casaríamos los dos."
Amorosa Ana María,
Robadora del amor.
¡Ay, amor!.

¡Es el poder, es la terrible pujanza! Por ella, el mundo se desordena y enferma. ¡Piedad, Dios mío, para estas víctimas sangrientas! ¡Piedad, en vuestra infinita misericordia, hasta para el sacrilegio!

Cuando ella entra en la Iglesia,
Entra un grande resplandor;
Cuando toma agua bendita,
Flores llenan el pilón.
Capellán que dice misa
Ha perdido la lición.
Por decir *Dominus vobiscum,*
Dice: "Oh, qué dama veo yo."
Sacristán le respondía:
"Mía sea, vuestra no."
Amorosa Ana María,
Robadora del amor.
¡Ay, amor!

Ya, hasta los inocentes. No queda, pues, sino temblar y santiguarse, como cuando cae un rayo.

VIII

De cómo la pujanza de la Bien Plantada se ejerce sí para el orden; para el desorden, no

Mas veréis que, por gracia de amabilísimo milagro, la beldad de esta doncella de que os hablaba no ha trascendido a tumulto en torno a ella, sino a serenidad y simpatía. Sí; una mujer hermosa puede ser como un rayo que cae. No así la Bien Plantada, que es como un hogar encendido en medio de nuestras vidas. Y estriba el secreto en su natural mesura y buen juicio.

Hemos dicho que existía en el cuerpo de la Bien Plantada una central falta de canon; es demasiado alta su cintura; en compensación, el resto se ajusta a una proporción perfecta. Y también su movimiento se ajusta a una proporción perfecta. Y su manera de mirar. Y su voz. Y sus palabras. Y su manera de tender la mano. Y su manera de deciros adiós. Y su manera de vivir. Y su manera de tratos y maneras. Y su manera de ser amiga. Y, no hay que decirlo, su manera de bailar. Así—y no de otro modo que una gota de aceite en una extensión de ondas agitadas—la presencia de la Bien Plantada lo aquieta, serena y ordena todo en muchos, muchos pasos a la redonda y en muchas, muchas almas de la cercanía.

¡Ah, yo quisiera que lo vieseis! Desde lejos, sólo narrando una gracia de la Bien Plantada, ya puede encenderse una pasión. Desde lejos, con sólo recordar a la Bien Plantada, ya se sienten en el corazón las mordeduras de la sierpe. Yo, pobre narrador de mí, no sé con qué imagen pueden haber decorado algunos ensueños mis débiles palabras, que ya no pasa día sin que me llegue, en comentario a la figura gentil, alguna carta, en cuyo texto, a las veces humorístico, se siente batir, sin embargo, una gran ala de inquietud... Ahora yo quisiera poder reunir a todos esos que me escriben y llevarlos, juntos, a presencia de la Bien Plantada. A orilla del mar la aguardaríamos. La veríamos aparecer entre el mar y

las casas y la línea de la tierra y los montículos cercanos, entre los baños familiares y las tienducas pequeñas, entre las granjas y las tartanas, entre los trabajos y los cultivos, entre los cipreses y los naranjos, entre los corros de mujeres que conversan, y de niños que juegan, y de hombres que reposan fumando, con la mirada fija en el horizonte. La veríamos aparecer entre todas esas cosas, humildes, armoniosas y esenciales, tan pariente de ellas, tan ligada a ellas, tan fiel a su ley de simplicidad y de silencio, humilde, armoniosa y esencial, como ellas mismas. La veríamos aparecer, y en lugar de sentirnos en inquietadora tormenta, una divina paz nos inundaría el pecho. Advertiríamos primeramente que nuestra respiración tornábase fácil, pausada, amplia y regular. Después, que el corazón latía de prisa, pero sin agitación. Brotarían en seguida de nuestra boca palabras amables, calientes de cordialidad. Miraríamos a la doncella fijamente, sin turbación, pero también sin osadía, y veríamos que ella sabe mirarnos también así. La veríamos tan sencilla, tan *pueblo,* que todo temor desaparecería de nuestro gesto y de nuestra habla; pero, asimismo, la adivinaríamos tan delicada, tan señora—con aquella señoría que sólo puede proporcionar una larga y fiel obediencia a los designios silenciosos de la raza—que el respeto elevaría gesto y habla, ennobleciéndolos. Su manera justa, equitativa y bien tasada de tratarnos a todos, nos haría fraternizar. De ahí nos nacería un deseo de

darnos las manos. Después, de dársela a ella. Después, de retener su mano entre las nuestras un instante. Después, de no abusar de este instante y abandonar su mano, porque ya a nosotros mismos nos habría comunicado el don del bien tasar.

Así, de acercarse a la Bien Plantada, un hombre torna en mejor. En ser presidido por la Bien Plantada hay ventaja de especial nobleza. En torno a la Bien Plantada todo es orden y acuerdo. Que ella debe de ser la misma eternidad, hecha bella apariencia y gozoso momento. Nada comparable a esta influencia. ¡La influencia, la enseñanza de la Bien Plantada! ¡Si la pudiesen contemplar así y aprender de ella no un reducido círculo de hombres, sino toda la tierra mía y todas sus gentes! Si a esta escuela de la Bien Plantada acudieran las generaciones a ganar en serenidad, a curar de romanticismos, a salvarse de mentiras, a captar estilo y normas de belleza y buen vivir, y ante ella abjurasen todos de los pasados errores; y los ciudadanos, los poetas, los artistas, los arquitectos, los políticos, los negociantes, los maestros de escuela, supieran desde el instante aquel infundir en las obras suyas y en su acción un poco del espíritu de esta inefable y profunda enseñanza!

...Por el momento, en el pueblecito marinero en donde veranea, la Bien Plantada ha alcanzado ya estos resultados maravillosos. Que las demás muchachas, menos hermosas que ella, menos admiradas y celebradas que ella, no le tengan envidia

ni celos, sino que se complazcan a su vera y la quieran; y que los hombres, en presencia suya, se contenten todos por igual—y sin que se haya registrado hasta hoy ninguna tentativa a desobedecer esta ley tácita—con la noble alegría de ser sus amigos.

IX

Del dulcísimo nombre de la Bien Plantada, con otras particularidades

Ahora va a declararse el nombre de la Bien Plantada. Esta mañana, al dejar el lecho, el glosador ha sentido imperiosamente la necesidad de que ello se hiciera hoy. Ayer, hubiera sido demasiado pronto. Mañana, sería ya pecado de tardanza. El aprendizaje en la Bien Plantada, por lo muy fuertemente que se apoya en las esencias verdaderas, puede darnos estas preciosas infalibilidades sobre lo oportuno.

¿Cómo te llamas, Bien Plantada? Me llamo Teresa.

Teresa, nombre lleno de gracias, cuando se pronuncia a la manera de los catalanes.

Teresa es un nombre castellano. Allá es un nombre místico, ardiente, amarillo, áspero. Es un nombre que rima con todas estas cosas de que ahora se habla tanto: "la fuerte tierra castellana", "el paisaje austero, desnudo, pardo", "los hombres

graves vestidos de fosca bayeta", "Avila de los Caballeros", "el alma ardiente de la santa", "Zuloaga, pintor de Castilla", "El retablo del amor", "La mística sensualidad, esposa de Cristo o mujeruca". Ya sabéis, ¿no?, qué linaje de cosas quiero decir.

Pero llega el mismo nombre a nuestra tierra, y de pasarlo por la boca de otra manera adquiere otro sabor. Un sabor a un mismo tiempo dulce y casero, caliente y substancioso como el de la torta azucarada. Teresa es un nombre que tiene manos capaces de la caricia, de la labor y del abrazo. Teresa es a la vez un nombre modesto y muy fino. Teresa es un nombre hacendoso. Teresa es un nombre para responder, con voz de contralto: "Servidora, me llamo Teresa". Teresa es el nombre de las que tienen, como la Adelaisa del conde Arnaldo—que se llamó Adelaisa sólo porque vivía en unos tiempos muy románicos, historiados y ornamentales—, un poco de sotabarba y un hoyuelo en cada mejilla.

Y ahora que he nombrado a Adelaisa, me ocurre meditar sobre cuál pueda ser la semejanza o desemejanza que la Bien Plantada tenga con ella. En las dos, vive, enérgica, la Raza. Imagino, no obstante, que Adelaisa era tacto y color, y la Bien Plantada ya es medida. Las dos quieren decir instinto. Pero en Adelaisa el instinto parece dirigirse a los fines de la especie, mientras que en la mía lo que sutilmente funciona es el instinto de la Raza; es decir, algo que ya es inteligencia, y

profunda, inconscientemente, cultura. Adelaisa habría sido lo mismo que fué, si contase sólo con la tierra y el cielo de su patria. En cambio, la Bien Plantada no fuera tal vez lo que es hoy, si no hubiera existido Auzias March. Tomando las cosas desde otro lado, Adelaisa es de montaña y Teresa, de marina. Tomándolas aún en otra suerte de diferencias, Adelaisa corresponde a la arquitectura románica, mientras nuestra Teresa corresponde al neoclasicismo.

¡Ay, qué deliciosa sensación de intimidad, empezar a nombrar Teresa a la que hasta hoy conocíamos solamente por Bien Plantada!

¡Teresa, Teresa galana, alabado sea tu nombre dulcísimo! Todas las Teresas que hemos conocido eran galanas; pero tú la de más galanía. Y así, adoramos en ti el recuerdo de las demás.

Noche alta, saliendo del Casino, aquellos de entre nosotros que poseen una voz de barítono cantan una canción, ya fuera de moda, que dice:

Teresa,
Yo tengo impresa
Tu cara de ángel
En mi interior;
Melancolía
Me mataría
Si a otro otorgabas
Tu puro-ooo-amor!

Y sí; gran verdad dice la canción.

La situación está en ella fielmente reflejada. Hoy todos vivimos en paz y en orden y en mejoramiento y aprendizaje espiritual, porque Teresa

nos trata por igual a todos. Pero el día que llegue a distinguir a uno!...

Y, no obstante, es claro que habrá de distinguir a uno tarde o temprano.

He aquí, pues, la posición del conflicto, planteada netamente en el primer acto, como en todo drama que se estime.

PARTE SEGUNDA

I

Donde se pone en claro que la Bien Plantada nos fué traída de las Américas

¡Dulces momentos de familiar y abandonada plática! Mientras se da aire con un gran abanico de ropa, la madre de la Bien Plantada, que tiene en la noble morenez del rostro unos claros ojos como ella, dice:

—La chica no nació aquí. Nació en Asunción. Sólo hace dos años que hemos regresado. Al llegar aquí, apenas sabía algunas palabras de catalán. Pero a los dos meses, lo hablaba ya como nosotros.

—¿Y desde entonces han permanecido ustedes en Barcelona?

—Sí; pero hemos vivido hasta ahora muy retraídas. Al principio, su padre estaba ausente y no conocíamos a nadie.

Ahora, finalmente, nos es aclarada la súbita aparición de Teresa, que, en un principio, nos maravilló como un milagro. Y no hay milagro en Teresa, que todo en ella es natural. O, por mejor

decir, milagro y naturalidad son en ella una cosa misma.

—Y su marido de usted, señora, ¿es americano quizás?—preguntáis con una cierta inquietud de que todo vuestro trabajo espiritual sobre el símbolo vivo caiga por tierra.

—No, señor, no. Es de aquí. De muy cerca de Villanueva.

¡Aleluya! Todo, todo se ha salvado. La Raza es, en la admirable criatura, purísima. Gracias, señor padre de la Bien Plantada, señor casi desconocido, señor obscuro, gracias por vuestra discreción. Gracias por el precioso auxilio que a esta pequeña investigación teórica que escribimos con la sangre de nuestras venas habéis aportado con vuestra feliz oportunidad de nacer muy cerca de Villanueva y Geltrú.

Sí, la raza es pura. Sólo va añadido un grano de providencial extranjería. Para que una sangre se renueve es preciso un poco de otra sangre. Una profunda ley así lo exige. La Bien Plantada, doctora en nacionalidad, nos fué traída de las Américas. A los franceses, ¿Napoleón no les llegó de la Córcega?

Ella vino hace dos años y el mar nos la trajo. Y, si antes decíamos que Teresa era de tierras de marina, ahora, mejor informados, podemos decir que es del mismo mar. Yo he sospechado siempre que, para las patrias costeñas, en lugar de ser los mares colonias y extensión de la tierra, era la tierra colonia y extensión del mar. Sabios actua-

les aseguran que toda vida viene del mar. Así Teresa, reformadora de nuestra vida...

Llegó en un navío una mañana, una otoñal mañana de oro, y las ondas, escolta y guardia de honor a quien el destino, desde su lejanía, confiaba la carga preciosa, no se sosegaron hasta dejarla en nuestro puerto, abrigada y segura.

II

De la colonia que tiene el honor de contarla en su seno

La colonia que tiene el honor de contar en su seno a la Bien Plantada no es muy numerosa. Se nos ofrece compuesta por dos elementos: los que "nos conocemos de toda la vida" y los venidos por primera vez. Es preciso añadir que bastan seis o siete años, y aun no consecutivos, para entrar en la categoría de "conocidos de toda la vida". Y consígnese, además, que los que vienen por primera vez hallan tan simpático y acogedor recibimiento que al cabo de un mes pueden tenerse ya por conocidos de toda la vida.

La Bien Plantada ha venido por primera vez, pero "sus abuelos ya eran de por aquí". Las colinas, las blancas casas de pórticos neoclásicos, los huertos de naranjos, la han recibido sin sorpresa. La colonia—ya se ha contado—sorprendióse grandemente el primer día. Por algún tiem-

po la aparición de la Bien Plantada túvose por cosa de milagro. Ya sabéis cómo se ha hallado la razón de todo, para que no quede en nuestra Teresa, ni en torno a nuestra Teresa, nada que no sea razonable.

Una vez acogida, ella, sin esfuerzo y sin tan siquiera desearlo, colocóse en cuatro días en la presidencia; y ahora, como el pueblo, la colonia es imperio también de la Bien Plantada y huerto suyo. Esta colonia está compuesta por buenas gentes, generalmente acomodadas y generalmente sin empaque. Es severamente criticado el gusto de alguna sobrevenida que luzca demasiadas toaletas, y asimismo lo es el de los poseedores de automóvil, que pasan a gran velocidad por las carreteras, levantando una nube de polvo que obligan a tragarse a los pacíficos viajeros de charretas y tartanas. El otro día, un señor, hacendado respetable, que hacía el trayecto en la diligencia, al hallarse en tal desagradable circunstancia, declaró: "¿Ven ustedes? Estas cosas son la razón de que haya anarquistas."

Está, en cambio, muy bien visto por todo el mundo adquirir una finca en el pueblo para edificar en ella una casa a gusto del propietario y en la que éste lleva a la práctica, con algunos ornamentos, pero sin exageraciones de ninguna clase, sus personales ideas sobre el confort; y lo es todavía más tener ya esta casa y realizar de vez en cuando algunas obras que mantengan en aire de novedad su aspecto y acrecienten su re-

galo. Estas propiedades reciben sin distinción el nombre de "torres". Y los propietarios de las tales torres se distinguen todavía por la mayor sencillez de su vestir y trato, en comparación de los que viven en torres alquiladas o en la fonda. Su manera de vestir es cómoda y holgada, aunque con la mayor corrección. No hallaríamos seguramente entre la colonia que cuenta con la Bien Plantada ni los últimos figurines para el *yacthing*, ni imprevistos modelos de calzado y sombreros, ni perros de lujo ni sombrillas revolucionarias. Pero como las aquí reunidas discretísimas personas odian todo exceso, también fué muy desfavorablemente recibido lo que años atrás tenía por hábito hacer un veraneante, hombre de sangre flamenca—que por cierto no ha vuelto a comparecer—, y era pasear por todas partes en mangas de camisa y aun, a las veces, en triste camiseta. Decía todo el mundo: "Que me dispense ese buen señor; él será tan rico como se quiera, pero eso que hace, francamente, no está bien hecho", y alguien añadía: "¡Parece mentira, un hombre de carrera!"; porque el flamenco señor tenía el título de ingeniero agrónomo. En la playa, naturalmente, la libertad es más amplia. Se puede perfectamente remar en tricot azul y con pantalones cortos de pescador que, a falta de faja, se tiene buen cuidado de ir subiendo de vez en cuando. La lengua oficial es la catalana para los hombres y también para las señoritas menores de treinta años. Las que pasan de esta edad, así como las señoras ma-

yores, se creen en el deber de usar, sobre todo delante de alguien que haya vivido en América, la lengua castellana.

La mayor parte de los señores que integran, honrándola, esta plácida y civil colonia de que hablo, tienen negocios en Barcelona, que no abandonan porque nos hallemos en verano. Se van en el expreso de la mañana y regresan en el de la tarde, que, ahora—¡válame Dios y cómo se acorta el día!—llega a obscuridad cerrada. Otros hay que vienen sólo el sábado, volviendo a marcharse el lunes, y son éstos los que tienen un trabajo más personal, tales como médicos, abogados, tenderos y diputados a Cortes. Sus honorables esposas pasan la semana hablando entre ellas de ellos y sus especiales idiosincrasias y manías. Pero, como es de ley, constituyen las muchachas el mayor ornamento de la colonia. Este año ha sido de una bendita gracia, año de suerte; no todas, naturalmente, son de primer orden, pero tampoco hay ninguna a quien pueda llamarse fea; y el número de las francamente hermosas resulta crecido. De algunas de ellas se hablará con más extensión al tratar de las amigas de la Bien Plantada. En el jardín donde ésta florece, todas son flores. De distinto color, en un principio, pero ahora blancas todas, porque todas han acabado por vestirse de blanco. Así vestidas van a la playa, así a la estación, así al Casino, cuando un músico o prestidigitador de paso da alguna velada, así a las excursiones en gaya compañía, a aquellas

buenas grandes excursiones en que se alquilan cinco tartanas, en que cada familia paga su escote y la una aporta el vino, pongo por caso, y la otra la tortilla-fiambre. Así acuden también al baile, cuando hay baile, que es dos veces al día, por falta de una. Y en las fiestas mayores y en las romerías, más bailes. Y también, por dos años seguidos, organizóse un cotillón. Pero esto se ha abandonado, por tres motivos: porque no acababa de convencer; porque no daba resultado, y, sobre todo, porque, como declaró todo el mundo a la una, no había ambiente.

Mayor constancia se ha tenido en otra práctica observada año tras año: la de que año tras año hubiese entre los de la colonia "un disgusto". Ya sabéis a qué se llama "un disgusto". Una vez se producía por rivalidad entre los del Casino y los del Círculo Esperantista. Otras, por cuestión de las banderas española y catalana y de cuál de ellas se había izado más ostensiblemente en el entoldado, durante el baile. Otras, porque un labrador había dicho, oyendo la música de un batallón: "¡Vaya una orquesta de patateros!" y un militar había querido que le prendieran. Y otras, finalmente, por si se celebraba o no una misa de campaña con motivo de la llamada ley de Asociaciones. Pero hoy se ha roto la inveterada costumbre. La influencia de la Bien Plantada se ha ejercido. Alguien había sospechado al principio que, precisamente, de ella nos vendría el disgusto. Pero eso era no conocerla bastante. Porque ella

es equilibrio, templanza, medida, y, a su alrededor, sólo puede darse concordia y benigna avenencia.

III

De sus hermanas

Tres hermanas son en la casa. Teresa es la segunda. La mayor se llama Sara. La más chica, Eugenia.

La razón humana halla un profundo placer en distribuir cada una de las realidades que contempla, en tres partes ordenadas. Una a manera de ley debe presidir este placer. Y se deleita más singularmente, y reposa, cuando la ordenación de estas tres partes de tal manera se concierta que la perfección más exquisita e inestable se halle en el centro, siendo la primera una verde áspera sabrosa preparación, y la última, una blandura y exceso, entrados ya en caminos de la decadencia.

Así tenemos: Esparta, Atenas, Macedonia.—Esquilo, Sófocles, Eurípides—la filosofía presocrática, la filosofía socrática y la filosofía alejandrina;—los órdenes dórico, jónico y corintio.—En Roma, la Monarquía, la República y el Imperio:—en el Renacimiento, los primitivos, los clásicos, los barrocos;—y Florencia, Roma, Venecia;—y en las grandes teorías ideológicas, empirismo, intelectualismo, panteísmo—y en la vida vegetal, primavera, estío, otoño;—fresas, melocotón, grana-

da;—hoja, flor, fruto;—y en el triángulo, tres ángulos y tres lados;—y tres términos en el silogismo;—y Venus, Minerva, Juno, eternos símbolos, presentándose ante la elección, siempre en suspenso, del eterno Paris.

Pues bien: Eugenia es una preparación a la Bien Plantada, pero todavía con austeridades de orden dórico; Sara es una continuación, pero ya con un blando florecimiento a lo corintio. Eugenia es un Giulio Romano; Teresa, un Ticiano; Sara, un Guido Reni.

... Cuando a hora de ocaso, las tres se pasean a la orilla del mar, enlazadas por el talle, sentís que pasa ante vosotros algo muy importante y muy rítmico y os parece leer la Historia Universal de Bossuet.

IV

De sus amigas

Ya no es la guirnalda de las hermanas, sino la de las amigas. Y no ya tres figuras, sino siete. Siete es también un número que satisface a la razón. Y no falta tampoco en el nuevo grupo aquello en que mirada de hombre se complace.

Cosa oportuna es, al describir el jardín de la Bien Plantada, hablar de las blancas flores que son sus amigas.

Nombremos la primera—por asociación de nu-

cas—aquella cuadrada, dura, nívea beldad del Norte de tan clara cabellera y de ojos un poco crueles—así los ojos de los que se complacen en ver atormentar las bestezuelas—. Si la nuca de la Bien Plantada es ondulante y como vencida, la de ésta es victoriosa. Y llana, sólida y blanca como un bloque de sal.

Ved a su hermanita, que se cubre la frente —como con una niebla de misterio—con un flojo peinado, color de oro en cenizas. Y a pesar de todo, bajo este misterio, sus dulces ojos tienen más de esplínicos que de soñadores.

He aquí una graciosa y alta morena, de ojos vivos, cejas abundosas, risa fresca y andar un poco desacompasado. De una de sus risas queda pendiente nuestra inquietud. Y como le sirve de apellido el nombre de uno de los tres Reyes, parece que ha de poder traernos todos los dones.

He aquí otra morenita, de pequeña cabeza como abatida bajo el peso de una cabellera complicada, distribuída en bandós desiguales, al estilo de 1835, y que os parece haber adivinado ya en algún daguerreotipo viejo y velado.

He aquí la pomposa, como una Niobe de Museo, o como un racimo a punto de reventar. Es ésta la que ha costado más convertir en blanca flor, y por mucho tiempo ha vestido su opulenta generosidad, de un color rosa.

Ahora, he aquí la más menuda y gentil de todas, la de la cabecica deliciosa y móvil, dibujada con la fina nobleza de una raza oriental y anti-

gua. He oído que la llamaban *una tanagra*... No, no; mejor la llamaríamos un hallazgo de Antinoe. Cuando de pequeñuela se perdía por la selva encantada de Hansel y Gretel, la Mala Viejuca, en lugar de comérsela, la dejó de lado, para que le valiera de figurita de ajedrez.

Son seis amigas en el huerto de la Bien Plantada. Y la Bien Plantada, siete.

V

De la casa en que vive

No pertenece a su familia. La han alquilado para la temporada.

Es la primera en la vía bien sombreada que continúa la riera, y que se conoce en el pueblo por *paseo de los señores*. Es también la más antigua. Por su aspecto, debe datar de una treintena de años. Esta vejez, a los ojos vulgares de los veraneantes, la coloca en relación de inferioridad respecto a las otras. La madre de la Bien Plantada se disculpa a veces de haberla tomado, diciéndonos: "Cuando mi esposo se decidió, ya estaba alquilado todo". No llegaría a adivinar nunca, la pobre, cómo conviene el particular estilo de la torre anticuada a la belleza y escondida significación de su hija maravillosa!

Esta torre fué edificada por encargo de un bol-

sista de Barcelona, en tiempos de la "fiebre de oro". Tuvo, pues, la fortuna de no estar influída en su estilo e íntimo sentido por los delirios subsiguientes a la Exposición Universal de 1888. Así, forma un edículo modesto y gracioso. Un poco de amaneramiento neoclásico le da sabor. Es cuadrada, y el techo se corona de un gentil terrado con cuatro bolas en los cuatro ángulos, cada una de ellas rematada, por gracia, en punta. El balcón, sobresaliendo de la fachada principal, se apoya en dos esbeltas columnas. A uno y otro lado de estas columnas aparecen dos pedestales, muy segundo Imperio, que sustentan dos estatuas en barro cocido, pintadas de blanco. Una de estas estatuas es la "Primavera", según declara un rótulo a sus pies. La otra es el "Invierno", y ésta lleva en la mano una a manera de herrada, que inclina y de la que mana algo amerengado. Y una leyenda en la herrada dice: "Nieve". Esta nieve obliga a la melancólica figura a cubrirse con un velo de viudez; pero no le impide mostrar desnudo el seno derecho, redondo y gracioso. Desde el barandal a la reja se extiende un jardín, no por pequeño menos bien cuidado. Hay en medio del jardín un surtidor en círculo, en cuyo centro antaño pescaba un pescador policromo; ogaño, la estatuíta ha desaparecido. Entre los árboles cuéntase una palmera no muy alta de la que, por distracción, se omitió hablar, al tratar de la vegetación del pueblo. Hasta el año pasado esta palmera se espejeaba en una deslumbrante bola de

metal. Pero el padre de la Bien Plantada ha mandado quitar esta bola, sin que se haya alcanzado averiguar el porqué.

El mismo señor, abandonándose a sus humores fantásticos, ha pegado en las blancas paredes de la salita de recibimiento los retratos de don Antonio Maura y del aviador Bleriot, recortados de algún viejo *Nuevo Mundo;* pero habiendo colocado la efigie del último demasiado cercana a la espita del gas, que, en horas nocturnas, ilumina la habitación, las moscas, en plena irreverencia contra los adelantos de la humanidad, han establecido en la estampa su cuartel general—con todas las dependencias cuartelarias. A la izquierda de Bleriot y del gas, está el piano, utilizado sobre todo por Sara, que frecuentemente deja mecerse en él toda su tierna sensibilidad. Hállanse también en la habitación cómodos balancines y una *chaisse longue* mal avenida con todo y ocupando gran espacio. El comedor, que está inmediato, tiene más carácter, sobre todo, por gracia de sus cromos, que representan sombreados paisajes alpinos, y de las litografías, donde se figuran barcos, en varios colores, ya un poco bebidos por el sol, pero todavía brillantes. La mayor parte de las habitaciones particulares están en el primer piso. La ventana de la Bien Plantada se abre a la derecha del balcón principal... A veces, en la alta noche, vemos que el mal ajustado postigo de esta ventana da paso a un rayo de luz. Al principio, esto nos hizo ensoñar. ¿Qué cuidado,

qué inquietudes ocuparían las vigilias de Teresa? Más tarde supimos que es todo lo contrario. Que la egregia doncella no está desvelada, sino que, por el sueño excesivo, duérmese muchas veces sin ánimo de acercarse a la llave de la luz eléctrica, un poco alejada del lecho.

VI

De las cosas que la rodean.

Además de la casa, de la colonia, del pueblo y de las hermanas y de las amigas, hay, en torno a la Bien Plantada, algunas cosas, algunos aspectos de vida, algunas escenas o espectáculos que adivinamos colocados especial y directamente bajo su oculta advocación y dependencia.

Delante de la iglesia, once niñas jugaban sardaneando lentamente, mientras cantaban una canción en forma de diálogo. Este diálogo, siguiendo las reglas del juego, comporta algunos incidentes dramáticos, pero estrictamente rituales. Así la rueda de las once niñas se desarrolla y desenlaza de una manera numeral y perfecta. Y la pequeña escena esencial viene a ser colonia del imperio de la Bien Plantada.

En otra ocasión, se compone así el paisaje: En el fondo, una baja colina tranquila. A la izquierda, un árbol solitario y fuerte. A la derecha, una alquería enana. Cerca del árbol, un carro reposa,

con los brazos en alto, recortandose finamente a contraluz. Dos hombres, uno delante y otro detrás de un mulo fino de blancuzca panza, lo van conduciendo poco a poco y en silencio desde el carro a la casa. Esta escena la copia la realidad de una pequeña tabla admirable de Torres García. También la contempla hoy nuestro entendimiento bajo la advocación de la Bien Plantada.

Ahora empieza a obscurecer. En la lejanía, un bosque es pasto de las llamas. La riera se llena de grupos que murmuran comentarios. Todos se preguntan: "¿Cuál es la causa de esto?" "¡Quizá alguna mano criminal!..." Alguien insinúa: "A veces son los pastores que..." Ha obscurecido mucho. En este momento, precedido de todo su rebaño, envuelto en polvo y en silencio, con la gorra hasta los ojos, pasa el pastor. Se han roto las conversaciones. Hay un largo callar. También aquí hallamos algo que depende de la Bien Plantada.

En la quietud del mediodía, chirría un molino de viento. ¡Qué cosa, un molino de viento! El solo cumple y se hace su faena y su fiesta. Su cabeza es loca, pero en sus entrañas, el oculto sencillo mecanismo no se detiene en su generosidad. Es la máquina que trabaja y que juega. Es la máquina que trabaja jugando. El molino de viento es un castillo vigía en el imperio de la Bien Plantada.

¿Y un barco de vela? ¡Mirad qué graciosa y esencial se nos presenta la utilitaria disposición

de un barco de vela! Ninguna cosa en él que sea inútil, pero ninguna cosa en él que no sea elegante. Ahora son tres que parten a un tiempo. Como el alma de un poema hace camino en sus versos bien medidos y fluentes, el alma de la Bien Plantada hace camino en el avanzar de los barcos de vela.

¿Habéis contemplado alguna vez, con toda calma, en un agua obscura y transparente, los movimientos de un pez? Son una deliciosa mezcla de calmas y de inquietudes. Recuerdan el estilo de Jenofonte, serenísimo y nervioso a un mismo tiempo. Pero ninguno de estos movimientos es inútil o puramente expresivo. Todos tienen su razón, y únicamente así pueden tener todos su música. Y en esta continua presencia de la razón, aun de la que llamaríamos *inconsciente razón*, radica su nobleza. La razón, a veces, no la descubrimos, pero sentimos la nobleza. Los movimientos del pez en el mar, como los del estilo de Jenofonte, entran todos en la jurisdicción de la Bien Plantada.

Ahora, leamos el primer capítulo de la "Teología natural", de Raimundo Sibiude. Solamente este título: *Teología Natural*, ya señala que se trata de alguna cosa razonable, que se ha pensado según el sentido de armonía y según buen juicio. El capítulo que digo es de una maravillosa audacia tranquila. Cuanto mejor musculadas se tienen las alas, más lejos se puede volar. Pero este volar de Sibiude fué siempre de una gran

elegancia mental. Que hay una elegancia para la mente, como para vestir. Las elegancias de Sibiude se dirían copias de las elegancias de la Bien Plantada. Y también la Bien Plantada es una manera de Teología Natural.

Pensemos, después de todo esto, en la danza de la sardana. Pensemos en los usos y costumbres de nuestro viejo Derecho. Pensemos en la tabla de Dalmáu y en las cabezas retratadas en ella. Pensemos en el Libro del Consulado de Mar. Pensemos en Ampurias y en las excavaciones de Ampurias. Pensemos en Esculapio, numen tutelar de nuestra actual restauración clásica. Pensemos en la escultura de Clará, en la escultura de Casanovas, en la pintura de Sunyer. Pensemos en la Filosofía del Hombre que Trabaja y Juega. Pensemos en el gran friso de otro pintor: "Pal-las presenta a las nueve Musas la Filosofía, que entra a ser décima Musa." Pensemos en la deliciosa decoración reposadora del vestíbulo del Instituto. Pensemos en el Instituto mismo y en sus horas largas de silenciosa, caliente, sonriente labor. Pensemos en la restauración que presenciamos de la enseñanza de las Humanidades. Pensemos en las traducciones homéricas del doctor doctísimo de esta restauración. Pensemos en la memoria sobre Baquilides escrita por un estudiante catalán y en la traducción íntegra de Menandro, cumplida por otro, dichosamente. Pensemos en las más antiguas torres señoriales de Sarriá. Pensemos en nuestras viejas masías y en

algunas modernas, que ahora nuestros arquitectos saben levantar. Pensemos en los muebles típicos que algunos de nuestros mueblistas empiezan a reproducir, acomodándolos a graciosas modernidades. Pensemos en las paredes blancas y lisas, en la industria de las encajeras, en el mar azul, en la línea amable de nuestras costas y de nuestras montañas. Pensemos en nuestro culto a los Santos y en el *Canto Espiritual*, en el que Maragall celebra la eternidad de lo sensible. Pensemos en nuestra habla, que después de un siglo de balbuceo literario resucita hoy a nivel de cultura, razonada, diserta, sutil, flexible, acogedora benévola de elegantes extranjerías, pero siempre firme en sus líneas esenciales. Pensemos en nuestros Hombres, en los poderosos y en los humildes, en los Abuelos y en los del día, en los del pórtico de Ripoll y en los del "Art Magna" y en los de las "Crónicas"; y en los que hicieron la Lonja y en los que hicieron el Liceo; y en los grandes médicos, que daban siempre el buen consejo y tomaban sobre sí las responsabilidades más delicadas; y en los grandes Jurisconsultos, arcas de Justicia; y en los grandes Trabajadores, capitanes de industria, y en este otro que ya preside, con una eficacia tranquila que parece aprendida directamente en las vivas fuentes de la Bien Plantada, la Generalidad, es decir, República de las gentes de Cataluña. Pensemos, sobre todo, en nuestras mujeres, desde la Teresa Bou de Auzias March, hasta las Teresas de hoy, como ésta

por mí celebrada, hermana y centro y exquisita culminación de Sara y de Eugenia. Porque las mujeres son los palpitantes canales por donde llega a lo futuro la sangre ancestral y toda su gracia infinita.

PAUSA O INTERMEDIO

Por esta virtud que decimos radicar en las mujeres, vamos a hablar de algunas de ellas y sus condiciones.

Y nos valdremos de la ocasión para referir la de un niño salvaje que, por estar muy lejos del imperio de la Bien Plantada, puede servirnos, un día u otro, como término de comparación y contraste.

UNA BAILADORA

Esta es una doncella que ha venido al pueblo de la Bien Plantada para bailar. Ayer fué a Badalona, a bailar. Mañana irá a Argentona, a bailar...

Por el médico tiene prohibido bailar.

Por el confesor.

Por sus padres.

No le gusta la música.

No le gusta conversar.

No quiere casarse.

No ha amado, ni amará nunca.

No es vanidosa.

No es caprichosa.

Le repugnan los hombres.

Baila porque bailar es su ley. Y extenuarse hasta morir bailando es su destino.

Baila por la misma razón que tú, poeta, escribes versos.

Baila en este momento. Al bailar, cierra los ojos. El bailador, vulgarísimo, desaparece de su vista. Inclina la cabeza hacia el lado izquierdo. Respira profundamente. Tiene sin sangre los labios, y dos rosas se encienden en sus mejillas; cubren su frente amarillas perlas de sudor.

Se rodean de violeta sus ojos... Baila, baila.

Baila con el Destino.

UNA COLORADA LABRIEGA

Esta es una labriega colorada que había sido una blanca muchacha de servicio. Vuestros padres la recuerdan de cuando la tuvieron de camarera. Era, en aquellos días, blanca como una gota de leche, rubia como un hilo de oro, bonita como una Virgen, viva como la ardilla y casquivana como un Dios nos libre. Peinaba su cabeza locuela con unos rodetes a la moda. De tan fachendosa, no usaba delantal para salir a la calle, y si acaso había de llevar paquetes, los encomendaba a algún muchachuelo, gastándose diez céntimos. Todos tenían algo que decir de ella. Pronosticábanle unos que acabaría mal y que su cabeza loca la arrastraría a ser mala cabeza. Otros, con cierta picantez

de envidia muy a menudo, pensaban que aquella muchacha se casaría con quien quisiera, y que podría, cuando le viniera en gana, parar en señorona y usar sombreros engalanados, y pasearse, y no trabajar... Porque a todos los hombres volvía locos. En cuanto a los dependientes de comestibles del barrio, era un verdadero escándalo. Cuando ella salía a la calle, todos los mozos dejaban la faena por el placer de mirarla. Cuando iba a la fuente, por agua, era detrás de ella hecha procesión de seguidores, casados y todos, que daba vergüenza. Vuestros padres no podían salir a la calle sin hallar, al pie de la escalera, media docena de sujetos parados como en encantamiento. Había tenido novios de todos los oficios, y algunos ya rumbositos y finos, que se les veía de buena casa. Una noche de verbena, el alcalde del barrio había bailado con la blanca moza todos los bailes. Se susurraba que el esterero de la esquina, un viudo, había ya anunciado que se casaría con ella, y que por tal había reñido con los hijos...—Pero ella, la camarera blanca, todo era reír y bromear, y bailar, y cortejar, y divertirse, y sorber el seso a todo el mundo...—Un día compareció, no sé de qué lejano rincón de montaña, un labrador joven, casi negro de tan moreno, feo, con señales de viruela, extrañote, hosco, viudo y con un hijo, cargado de deudas y zafio e inhábil, que no sabía qué hacer de sus manos cuando no trabajaba; y tan callado, que no podían arrancársele dos palabras seguidas. Hasta una docena dijo solamente en un

largo cuarto de hora el día que habló a la muchacha blanca y le dijo que si quería casarse con él se la llevaría a su montaña... Y he aquí que la blanca muchacha dijo que sí. Y casaron, y el labrador se la llevó... ¡Oh, misterio! ¿Quién entendería del alma de estas muchachas? Son guapas, alegres, alocadas; bailan, ríen, cortejan años y años, y ni el rey les es buen mozo, y podrían aspirar a señoronas y arrastrarse a mala cosa, y un día baja de la montaña un negro labriego zafio y se las lleva, y ellas con ello se contentan... Esta que digo fué muy lejos, al fin del mundo, a tres horas de tartana de la estación. Y todavía la casa de su marido estaba alejada una hora de poblado. Allí se recogió un día la doncella blanca, simplemente, poniéndose sola, en la paz de las montañas, a trabajar la tierra... En los primeros tiempos se desmejoraba visiblemente. Pero con la llegada del primer crío, ella tornóse labriega perfecta y robusta como conviene a una labriega. Y engruesó, y se peinó más lisamente cada día, y se le obscurecieron los cabellos. Y de blanca que era, el sol tornóla colorada, encarnada. Hoy es una labriega encarnada y gozosa. Sale a recibiros con alegría en los ojos. Y porque os conoció de pequeñuelos y porque hace tantísimo tiempo que no os veía, os apretuja con abrazos y golpes y pellizcos casi sensuales, y os alborota con bromas picantes.

UNA DONCELLA DE CABELLOS DE ORO

Esta no es una princesa de cuento, sino una señorita de Casino... Por razón de economía, ahora el Casino está a media luz. Es una deliciosa noche estival, de luna llena. A través de las grandes ventanas, encuadradas de verde, el cielo serenísimo es de un maravilloso azul heráldico... Esta doncella de los cabellos de oro está sola en un rincón sombrío, tocando el piano. La vemos de espaldas, luciendo solamente, en la penumbra, la metálica pompa de su casco natural... ¿Natural? ¿Todo él natural? Al lado vuestro, unas señoras discuten el tema. Vosotros no las escucháis. Vosotros permanecéis en admiración ante la resplandeciente hermosura de aquella cabellera. Admiración y recuerdo. Porque esta cabellera tiene un singular acento de París. No hablamos de su color. No hablamos de la materia. No hablamos de su amplia y generosa ordenación en el peinado. Hemos dicho acento, y tan fácil como ha sido hallar la palabra nos sería difícil analizar el secreto del encanto. ¡Oro de las cabelleras femeninas de París, nostalgia de París, visiones de París, bellezas y fiebres de París! Para completar el prestigio, oís por primera vez aquí un vals que fué allá moda hace cinco años, que llaman "L'amour qui meure", y que ahora interpreta briosamente, en la penumbra, la niña de los cabellos de oro.

La niña de los cabellos de oro cesa de tocar y viene hacia la luz. Las nostalgias de París, las visiones de París, las bellezas y las fiebres de París, y París mismo, se desvanecen... Habláis con ella. Sentís que nada tiene que ver con vuestro fantasear. Tocaba "L'amour qui meure" por casualidad. Estaba sola en la penumbra, por casualidad. También parece que tenga por casualidad sus cabellos magníficos... ¡Callen las señoras comentaristas! La artificialidad tiene escaso lugar aquí. Esta es una señorita muy natural. Muy tranquila, muy nuestra. Está prometida. Se casará y será, como merece, muy dichosa... ¡Adiós, el ensueño! Se ha ido por las ventanas verdes, volando hacia el azul heráldico del cielo...

UNA DAMA EXCURSIONISTA

Esta es una dama excursionista, toda vestida de blanco, con zapatos blancos y medias blancas, y guantes blancos, y una pamela florecida de rosas blancas. La he llamado "La dama excursionista", y la palabra no es justa, porque la esencial función de la dama en blanco no es hacer excursiones, sino únicamente subir a la cima de las montañas. Atraviesa carreteras y pueblos, rápida e indiferente. No le interesan el gótico campanario, ni el portal románico, ni el valle umbroso, ni el puente del diablo, ni la escondida fuentecica medicinal. Ni contempla nada de esto, ni al pasarle cerca, de ello habla. Habla solamente al lle-

gar a la cumbre, cuando ya el camino se pierde y la ascensión se hace difícil y el viento loco obliga a la ligereza de las faldas blancas a modelar estrechamente dos nobles columnas solemnes. Entonces ella habla. Mejor dicho, grita. Mejor dicho, chilla. Dice: ¡Jiiii, Jiiiiiiiiiii!, para que su voz llene las grandes concavidades de la tierra, cabalgando en los vientos.

Veréis que por la mañana, al salir del pueblo para escalar las cumbres de la montaña, la dama vestida de blanco, que es muy bella y rica y afable, lleva siempre largo cortejo de jóvenes tímidos. Estos jóvenes han pasado toda la noche soñando en el amor de la excursionista... Pero quieren los crueles prejuicios de una sociedad decrépita que, para gozar amor, sea preciso antes hablar de amor. Y hablar de amor es cosa que debe empezar a media voz, confidencialmente. ¿Cómo insinuarse, pues, con esta mujer que no habla, que sólo chilla Jiiii, Jiiiiiiii cuando llega a la cumbre de las montañas?

Así los jóvenes enamoradizos no pueden comenzar. Han de resignarse a chillar, al llegar a las alturas, Jiiiiiiiii, Jiiiiiiiii, con la bella dama vestida de blanco y, en aquellos momentos, toda encendida de fatiga y de risa.

UNA FRIVOLA

Esta es una criatura inocente e infernal. Sobre el teclado de sus dientes, maravillosamente blan-

cos, saltan todas las sonatas de la risa. La piel amarilla, con la fogosa amarillez ibérica, guarda, entre sus sombras azules, el mal y el pecado, inéditos.

¡Loca, loca criatura! Novia de doce novios; fábula de la vecindad y de la villa; luz y alegría de todos los bailes y de todas las fiestas; tierna y verde sombra de un arbolado francés, perdida, sin haberse acabado de borrar, sobre esta tierra roja!

¡Yo la quiero por su repugnancia al dolor y a la muerte! Yo la quiero por su poca caridad y por aquel gran rodeo que da para no pasar por delante del cementerio.

PARIENTA DE FUNERAL

¿Quién es ésta? Uno de los señores que preside el duelo lo pregunta a otro, cuando el ofertorio de las señoras. Y el otro responde: "No la conozco. Debe de ser alguna parienta de la pobre mamá."

Debe de serlo. Una parienta lejana, vieja, caída en olvido. Una parienta que seguramente fué hundiéndose en pálida miseria mientras el resto de la familia prosperaba. Se la dejó de lado. Se la frecuentó cada vez menos. Por fin, se la perdió de vista. Ya no se la volvió a nombrar... ¿Por qué todo esto? Demasiado jóvenes los señores que presiden el duelo, no sabrían aclarar historia tan obscura.

La vieja pasa, cirio en mano. A la temblona luz

del cirio, el rostro pálido parece muerto. La mano que sostiene el cirio es muy larga y medio la cubre un mitón zurcido; ceñidos a la mano, el brazo y el cuerpo aparecen vestidos de una ropa obscura, color de hábito, color de faena de tintorero. Bajo el rostro pálido, otro rostro más pálido, una fotografía en un medallón demasiado grande para miniaturas...

La vieja pasa. Roza la presidencia del duelo sin mirar. Sin mirar y sin decir la palabra de la obscura historia, el secreto de su vida. Sin decir:

—Yo soy aquella prima vuestra que casó por amor.

EL NIÑO SALVAJE

Este es un niño salvaje, haraposísimo, que revuelca por el polvo su miserable cuerpo de seis años.

Al niño salvaje le falta un ojo, seguramente a consecuencia de una de estas peligrosas diabluras a que todavía se entrega cerca de los lavaderos, al margen de las carreteras. En el lugar donde le correspondería tener el ojo tiene una llaga, que se complace en mostrar y que sabe con los dedos agrandar horrorosamente para espanto de las personas que le miran. El otro ojo es de un purísimo azul.

Al niño salvaje le gusta martirizar las bestezuelas. Guerrea sin tregua con los gatos, arranca de los árboles los nidos e infringe larguísimos,

refinados tormentos a los pajarillos. Tuesta lentamente los murciélagos, después de haberlos clavado en una puerta. Desbarata con los pies todo hormiguero que halla al paso, y aplasta las minúsculas obreras. Abre en canal a los saltamontes, y corta primero la cabeza y después la cola a las lagartijas. Toma de una mariposa las dos alas juntas y la hiere con treinta y dos alfilerazos antes del alfilerazo mortal... Sólo guarda ternura para un cierto perro, cojo y libertino.

Al niño salvaje le exasperan las rumbosas jardineras de los señores, que pasan por los caminos rápidas y cascabeleantes. Monta en el estribo, desafiando el látigo del cochero. Cuando se ve obligado a bajar, las persigue con malas palabras hasta que se pierden de vista y él ha enronquecido. Dice a voz en grito:

—¡Carretelas, carretelas!

No sé por qué se le habrá metido en el magín que esto es un insulto.

VII

La caridad.

Bordaba Teresa en el jardín; un mendigo se acercaba a la reja. Nosotros lo vemos desde el café. El pobre dice:

—Una gracia de caridad, por el amor de Dios.

Responde Teresa:

—Dios le ampare, hermano.

El insiste:

—Una caridad, buena señorita.

Y ella:

—Hoy no hacemos caridad; vuelva a pasar el martes.

En efecto: es costumbre en el pueblo que los pobres pasen los martes. Aquel día, en cada casa de la colonia le es dado a cada uno alguna cosa. Quién cinco, quién diez céntimos, quién dos. Es una cosa ordenada y razonable. Se tiene por tocada de avaricia la casa que no da nada. Pero se tiene, por otra parte, por abuso que un pobre pida caridad en día distinto o que el mismo martes pase dos veces, como ha hecho alguno. La generalidad, empero, se conforma honradamente con la regla. Casas hay en las que, por ahorrarse la molestia de ir de un lado para otro, se deja

sobre uno de los *mojones* de la entrada una columnita de monedas de cinco céntimos. Cada mendigo toma la suya, ahorrándose asimismo la molestia de pedir y dar las gracias, y sigue sosegadamente su camino.

Alguna vez, y contra costumbre, algún mendigo llega el miércoles; pero a través de la reja explica sus razones:

—Imposible fué llegarme ayer. El dolor acrecióme el sufrimiento al andar, mal cuitado de mí...

Entonces le es dado lo debido, con toda equidad.

Pero éste de hoy es de otra calaña. Hosco y tan malcarado que no sería agradable hallarle de noche en el bosque. Se aleja murmurando en alta voz blasfemias y reniegos.

He aquí que uno de los contertulios del café, mozo impresionable y aprendiz de dramaturgo, se rebela contra todo esto:

—¡Le ha dicho que volviera el martes! ¡Hasta qué punto de maldad inconsciente puede llegar una mujer de su casa! La bella boca ha pronunciado tal vez la más cruel de las irrisiones. ¡Que vuelva el martes! Y si este miserable va de camino, se muere de hambre, ¡de hambre!, de esa cosa terrible que no puede ni sospechar lo que sea esa indolente que borda en el jardín.

Respondía otro de los contertulios, un médico —siempre en la vida, como en las comedias, son médicos los que dicen cosas así—:

—¿Quién, éste? ¿Este; ir de camino y morirse de hambre? Habéis de saber que todos esos men-

digos son de por aquí cerca. Viven todos mezclados en una especie de campamento que tienen más allá de la colina. A veces, al pasar de noche por cerca de aquel lugar, he oído baraúnda y zambra y guitarreo, y todo lo que queráis.

Ya el impresionable ha cambiado de opinión.

—¿Ves? Esto también es un abuso y tendría que prohibirse. Lo que hay aquí es un gran fomento de holgazanes. Hay mucha gente que vive a costa de los demás. Y eso es como robar. Sí, como robar.

Y narra a continuación algunas historias de mendigos a los que al morir se ha hallado una gran fortuna o muchas casas que les eran propiedad, o gran puñado de monedas de oro, avaramente escondidas bajo su yacija. Pero dice entonces otro amigo:

—Yo, la verdad, no creo que ninguno de estos que pasan los martes sea millonario. Con guitarreo y todo, su existencia no la quisiéramos para nosotros. Es muy dolorosa, creedme, es muy dolorosa.

Mientras tanto, al ruido de las voces de su hija y del mendigo, la madre de la Bien Plantada se ha asomado al balcón.

Y pregunta qué ha pasado.

—Este hombre—responde Teresa—, a quien he dicho que volviera el martes.

Todavía el mendigo refunfuña, volviendo el rostro, ya un poco lejos. La madre y la hija contemplan al insolente, rebelado contra la costum-

bre. Le contemplan alejarse furioso, amenazador, siempre hosco.

Y dice la madre unas palabras naturales y profundas:

—*¡No debe ser de aquí!*

VIII

Los anónimos.

Demasiado aprisa asegurábamos que todo devenía, en torno a la Bien Plantada, buena voluntad y acordamiento. Traen a menudo a colación los moralistas que los pájaros nocturnos, cuando nace el día, no mueren, sino que se esconden. Hasta sus escondrijos les va persiguiendo, sin saberles allí, la clara risa del sol. Ellos entonces entran secretamente en furia... Pero, después de todo, los pájaros nocturnos son criaturas del Señor y no conocen los anónimos.

En lo que va de temporada se han recibido en casa de Teresa treinta y dos anónimos. A ella la mueven a risa, y ríen todos también en la casa. Pero cada vez se renueva un instante en que, como si una tumba se agrietase, se entrevé, al pasar, todo el escondido horror.

¡Es fuerza, pues, Dios de misericordia, que exista en alguna parte un ánima amarilla de odio, destilando, solitaria, en la tiniebla vergonzosa, su veneno! ¡Pobre ser, cuánta piedad infunde tu co-

bardía! He aquí que tú ahora te ocultas, mal ánima amarilla, y nadie puede ver lo que haces. He aquí que te encorvas sobre un papel, y tus dedos exangües contrahacen fatigosamente una escritura. El pliegue de tu boca es una mueca, y tus ojos parece como que se retiran y esconden, y la frente se obscurece con las sombras del mal. ¡Oh, un espejo ahora, y podrías ver tu fealdad! Pero vana e inútil cosa sería un espejo si no te llegaba acompañado de una caricia, pobre alma amarilla, un poco de consuelo, porque tú tienes metida muy adentro una amargura y nadie ha sabido consolarte y nadie llega a ti, y cuando tú estás escondido escribiendo un anónimo, no hay sobre la tierra ninguna memoria amorosa que te halle a faltar y se pregunte qué debes hacer en aquel instante.

Una vez, en la plaza de Urquinaona, vi a uno de esos seres que escriben anónimos, y yo sabía por un azar que él se dedicaba a este trabajo vil. Era un hombre de mediana estatura, de cara deslustrada y barba negra, ya por los lados encanecida. Andaba torpemente, como los que están amenazados por terribles enfermedades nerviosas. Observé que en el centro de la cadena del reloj colgaba un redondo medallón ostentando una iluminada miniatura; pero era esta miniatura la fotografía de una cupletista popular. Tal vez aquel hombre no había podido poner en su medallón el retrato de nadie más. Le vi avanzar, con inseguro paso, hasta la casa de Correos. Sacó una

carta del bolsillito posterior del pantalón y la echó en el buzón precipitadamente. Su mano tuvo entonces un gesto extraño; acercóse a la hendedura por donde la carta había desaparecido como para aprehenderla de nuevo. Después hundió aquélla resueltamente en el bolsillo. Y nuestro hombre entró en el estanco próximo para comprar y encender un cigarro. ¡Estas son cosas, Dios mío, que traen las lágrimas a los ojos!

Vigila, Teresa, que los pájaros nocturnos no mueren porque nazca el día. O mejor, no vigiles. Haz como el sol: ignora siempre el mal y sus hórridos escondrijos. No hay mayor vigilancia, Teresa, que tu claridad y tu reír sonoro.

IX

Donde la Bien Plantada toma un último baño de mar.

Hay en París un rincón oculto, donde han transcurrido algunas de las más claras horas de mi vida. Hablo de la llamada "Biblioteca Víctor Cousin". Es reservado el ingreso a ella; las autorizaciones, difíciles de obtener; y nunca la concurrencia llega a media docena de lectores. Pero, una vez allí, se hallan a libre disposición, en plena comodidad y rodeados de muy prácticos medios de reseñamiento, todos los tesoros de la bibliografía filosófica antigua y moderna... Pues

bien; recuerdo de aquel rincón un día trágico y delicioso: el día 13 de julio, víspera de la fiesta nacional francesa. Al día siguiente, la Biblioteca se clausura por cuatro meses... Y el pobre estudiante, sobre todo el extranjero, que sabe que cuatro meses después ya no estará en París, quisiera, en aquella última tarde suprema, poder pasar los ojos por todos los libros aun no desflorados; leer el infinito número de los que le faltan, y que ya jamás hallará reunidos; aprenderse de memoria los textos que ya no podrá consultar; evacuar las mil consultas que tiene preparadas; prolongar, en fin, eternizar aquel momento, pasado el cual una puerta cerrada se interpondrá, quizá para siempre, entre su sed ardiente de conocimento y el agua abundosa y fresca que la consolaría.

Con análoga disposición de espíritu hemos ido hoy a contemplar, cabe una ola llena de sol todavía, pero picante ya de un frescor otoñal, el último baño de mar de la Bien Plantada.

X

Del símbolo de la Bien Plantada.

Ahora ya poseemos la claridad y su seguridad tranquila. Ahora la vemos a ella, a ella toda y su sentido, y sabemos por qué importa a la Raza tanto, tanto, que nos da quietamente, con cada

uno de sus gestos, con cada uno de sus dichos lacónicos, una lección de catalanidad eterna, de tradición, de patriotismo mediterráneo, de espíritu clásico. La Bien Plantada ha sido este verano nuestro libro de texto, y ya pronto podríamos presentarnos a examen.

El símbolo de la Bien Plantada es un árbol. ¿No decimos bien plantado de un árbol que tiene fuertes raíces en la tierra? Sí, pero observad que las ramas son otras raíces, unas raíces superiores. Por las raíces bajas, el árbol está bien plantado en la tierra. Por las raíces altas está bien plantado en el aire y en el cielo.

Así, nuestra Teresa. La divina carne en que está fabricada Teresa bebe la noble savia de todos los muertos de su Raza, que es la nuestra, y de su cultura. Esta carne es muy antigua y muy cultivada, y ello le procura olor. Pero la forma y el movimiento reciben su gracia por la atracción poderosa del porvenir. Tienen también en el cielo sus raíces y nutrimiento. La Raza dispone de Teresa para renovarse y florecer y fructificar en cultura nueva. Y es esta oculta atracción, es esta plantación en lo futuro, lo que habla por su boca cuando ella dice, casi sin darse cuenta, aquella casta palabra, tan bien dicha y tan de admirar, que desearía haber criaturas suyas.

¡Bien Plantada, Bien Plantada! ¡Porque tienes buena planta, buenos frutos darás!

EPISODIO DE MAGDALENA

AMIGA DE LA BIEN PLANTADA

I

Ahora es la Virgen de Agosto, cuando la tierra está madura. Magdalena, apresta a bailar tu cuerpo, porque los tiempos están también maduros, y de la rama del porvenir caerá, en el centro mismo del círculo de tu danza, esta dorada fruta llena de aromas, que tú llamas un novio.

Un novio es la plena claridad de los cielos, hecha mirada, y el pleno sentido del mundo, hecho mostacho. Uno novio es una cosa fuerte como el vino y dulce como la torta esponjosa que venden en la tahona. Un novio llega, mira, dice una sola palabra, y ya toda tu pequeña vida queda suspensa y temblorosa como una sutil telaraña en el bosque, que se sostiene en solo una rama, y no sabemos si estará allí dentro de un instante. Un novio es alguien que baila, pero no mucho. Ha venido para la fiesta, y nadie del pueblo le había visto aún. Vino solo en una tartana, con una maleta de cuero y níquel que lleva grabadas sus iniciales. Es amigo de unos jóvenes que tú conoces demasiado, y al

principio parecía que sólo hubiese venido para bromear con ellos y hacer burla de todo. Las jóvenes le habéis visto al pasar, y no se sabe cuál ha narrado la maravillosa historia. Se llama Pons y Serra, se llama Ignacio de Fuster, se llama Solé y Solá, se llama simplemente Luis. Las letras de estos nombres parecen escritas en diamantes rosa sobre el platino de una joya, o dibujadas en la noche con cohetes, estrellas y clarísimas bengalas. Le falta un año para terminar la carrera. Cuando falta un año para terminar la carrera, la vida se ensancha ante los ojos, como un diorama en un anfiteatro vasto. Sobre la frente del joven a quien falta un año para salir de facultad brilla un sol de oro que le tiñe de encarnado hasta el blando de las orejas. Su sangre circula triunfalmente, pero con perfecta seguridad. Puede entrar, mirar a su alrededor, sentarse y subir, ya a punto de sentarse, los dos pliegues verticales del pantalón. Lleva, amén de unos zapatos blancos, unos calcetines morados con flores negras, y, mirarlos, es cosa turbadora como un pecado. También lleva en el ojal una flor, que acaso le ha sido ofrendada por una mujer. Saca un diario del bolsillo, enciende un cigarro, y así podría pasar horas y horas fumando y leyendo. Pero he aquí que, súbitamente, le empuja su destino. Se levanta, le acompañan sus amigos, y avanza hacia ti, doncella. Se detiene, podría volver a sentarse, podría desviar su camino. Pero no, avanza hacia ti, avanza hasta ti. Y ahora los amigos te dicen su nombre, y ahora

hay una silla vacía a tu lado. Y acontece que él se sienta en ella, y tú le preguntas, ya turbada, si es ésta la primera vez que ha estado aquí.

¡Brillad, astros del cielo; brillad, claras luces del entoldado; agitaos, abanicos, como aplausos de multitud; incensiad más intensamente buqués floridos que estáis preparados para el baile de ramos! El galán sigue sentado a tu vera, y no se va, y charla que charla. No sabrías decir cómo tu abanico se halla en sus manos, y él se hace aire, y tú sientes cómo de él a ti llega tu propio perfume. Y adivinas que, como se ha hecho dueño de tu abanico, se hará señor y maestro de tu vida. Cuando él ha bailado contigo, ya no se te acerca nadie más. Ahora cierras los ojos y te das a imaginar que todos los hombres y todas las mujeres son tus enemigos y corres un gran riesgo, y él es quien te ampara. Tus padres acaban de morir, y tú no tienes miedo, porque él está contigo. Un novio es la esperanza misma que habla al òído y tiene dos brazos fuera de ti. Es la delicia de la sangre y el mago que tiene la llave de todas las primaveras y todos los veranos que están por venir. Los novios a quienes falta un año para terminar la carrera pueden casarse de aquí a dos años. Mientras tanto, cada día dan una nueva seguridad, como una almohada más para el reposo. Y se es dichosa, y se es orgullosa, y se es distraída y ensoñada, y se piensa en la bella camisa que hay que adornar, y en la alegría de los pisos recién puestos, en los que los armarios de luna

pueden sobresaltar todavía, en la obscuridad, al entrar sin luz en una habitación que no se conoce aún, pero que ya ha recibido el más grande secreto de la vida.

Ahora es la Virgen de Agosto, cuando toda la tierra está madura. La Virgen de Agosto es como un árbol bello, que regala, a la doncella que danza a su pie, un novio magnífico, que centra el círculo de su bailar.

II

... Pero viene la lluvia, ¡oh, Magdalena que esperabas el don de un prometido del árbol de la Virgen de Agosto! Viene la lluvia, rica y sonora; y así ha caído, podrido, desde la rama, el fruto que estaba en sazón. Viene la lluvia, y en la alcoba obscura se siente cohibida y ociosa tu pobre alma pequeñita, herida por la gran injusticia de las cosas. Una lluvia, en medio del verano, es como un momento del invierno que nos pone ceniza en la frente. Recuerda, Magdalena, que el verano es breve y que cada hora que pasa es una esperanza que se va. Recuerda que la ilusión pende de un minuto y que hay azares que, como perros hambrientos, pueden devorar los minutos de la ilusión y llenarse de su sangre la boca. Recuerda que una fiesta es frágil negocio y que la felicidad nacía de una fiesta; y los truenos que ahora retumban por las montañas quiebran tu ensueño, como se quiebra un cristal.

Hay en la obscura alcoba de una casa de campo una doncella que llora porque llueve... Reíos, labriegos brutales; reíos, criadas malignas. Reíos, viejos calaverones cínicos que ahora en el Casino jugáis vuestra partida de billar. Hay una doncella que llora porque no hay fiesta, y toda su esperanza estaba en la fiesta y en su resplandor. Reíos, follajes goteantes y pomposos. Ríete tú, tierra reanimada por la humedad.

Los pobres corazoncitos tienen sus pequeñas tragedias, y la vida es pobre porque la enflaquecen la lluvia y la muerte. Los novios a quienes les falta un año para acabar la carrera no se muestran cuando llueve, y sus pulidos zapatos blancos no pisarán el barro. De aquí a unas semanas es la Virgen de las Mercedes; de aquí a unas semanas más, Todos los Santos y el Día de los Muertos. Y vendrá la muerte para ti, doncella, antes de que haya venido para ti la vida; porque un año, el día de la Virgen de Agosto, la lluvia estorbó una fiesta.

Pasa una mujer calzada con zuecos y que lleba, bajo la lluvia, la cabeza cubierta con la falda. Pasa un muchachuelo silbando; y porque pasa por el establo levantan las bestias un gran mugir.

Ya no pasa nadie más... Es el día de la Vigen de Agosto y no hay fiesta, y en las cerradas alcobas, la vida se aparece a las muchachas como un largo camino sin consuelo.

III

... No llovió mucho, y la noche fué opulenta en astros, en músicas, ya cercanas, ya lejanas, y en bailes. Magdalena salía a la Rambla, con la mano extendida por ver si llovía aún. Un llovizneo la mojaba. Pero provenía de los árboles; de los árboles que se sacudían, con rumor jocundo, bajo las estrellas fulgurantes.

La Virgen de Agosto no trajo esta vez un prometido. Trajo tres cortejadores. No importa; todavía sube más arriba la esperanza. Tres cortejadores, tres cortejadores para escoger. Uno es alegre como un cascabel. Otro, formal y confortante como un sincero apretón de manos. El otro es de aspecto triste, y tiene en la mirada todas las dulzuras. Si el uno acompañaba a Magdalena en los bellos valses, el otro platicaba más tarde con ella, y el tercero la contempla desde lejos. Así la felicidad de Magdalena se vestía de tres ilusiones como de tres túnicas. La túnica que engalana, la túnica que abriga y aquella otra escondida que acaricia a flor de piel.

Ahora va a nacer el día, y sobre las sábanas en desorden hay una pálida doncella desvelada. Doncella, doncella, tú habías soñado un cortejo, y te ha sido dado Amor. Tú querías agua para tu sed, y te han servido el vino trastornador. Tres cortejadores no valen lo que un novio; pero son algo más embriagante que un novio. Un novio es vida,

y tres cortejadores son demasiada vida. Pedías dulzura, y he aquí las voluptades. Pedías consuelo, y he aquí el orgullo. El orgullo es una corona de fuego que cerca la frente de las doncellas, derramando en su corazón cada minuto una gota de un veneno verde y pastoso como una esmeralda deshecha. Se tienen diez y ocho años, se tienen veinte años, y el orgullo hace mover la cabeza como una reina, y sentir, bajo la espuma de las muselinas, la infernal pujanza del seno en flor. Se tienen diez y ocho, se tienen veinte años, y es como una fiesta. Ya no hay que llorar; que la belleza se trae su propia fiesta, y se han tenido en una sola noche tres cortejadores. Pero hay que enfebrarse, que la vida no es dulce, sino ardiente. ¡He aquí los amores y las historias de amor! ¡He aquí la pasión que conmueve, de que hablan las canciones y las leyendas! He aquí tres novelas de amor en una noche, porqué la lluvia no fué larga y los árboles goteaban bajo las estrellas; porque se tienen veinte años y se ha sentido, al valsar, el placer profundo de inclinar sobre un hombro la cabeza y de cerrar los ojos.

XI

Lluvia y sospecha.

—¡Mira cómo llueve, mira! Es que termina el verano. Con el consuelo de esta deseada frescura después de tanto ardor, nos llega, sin embargo, una aguda melancolía. Porque murieron los gayos días y ahora el otoño nos separará y acaso nuestra misma Presidenta y Profesora no sabrá instruirnos sino en recuerdo.

—Dime; ¿no se te ha ocurrido nunca que Teresa podía tener en otra parte un novio?

—¿Qué quieres decir?

—Lo que digo. ¿Si no sería posible que Teresa hubiese ya escogido, por lo menos en el secreto de su corazón?

—¡Pero esta suposición odiosa nos destruiría todo su sentido y toda su enseñanza! ¿No se cifra el íntimo valor de ésta en la soberana ecuanimidad? Y nuestra actitud pacífica y nuestro aquietamiento de pasiones, con su consiguiente provecho, no provienen, no dependen de que ella no haya escogido ni escoja? Teresa se debe a la Raza: ¿se reservaría para un hombre? Teresa es platónica esencial: ¿se tornaría aristotélica? Ella, que es lo *general vivo*, ¿se limitaría a lo *particular?*

ella, que es una Categoría, puede empobrecerse hasta quedar limitada a una Anécdota?

—Yo no sospecho de ninguno de aquí. ¿No lo sabríamos ya?... Pero la misma igualdad entre nosotros establecida puede significar ventaja para algún otro. Hallamos siempre a nuestra amiga tan distraída... ¡me atrevo a decir tan sonámbula!

—Yo pensaría que escucha bajo la tierra la voz de sus muertos; o en los aires, la voz de sus futuros.

—O, a lo lejos, la voz del amor ausente.

—¡Sacrilegio!

—Ella debe de creer, contrariamente, en algo sagrado. Ella no conoce su sentido.

—Pero lo obedece.

—Obedeciendo a su sentido, precisamente busca en lo individual la manera de cumplir la misión propia. ¿Qué importamos nosotros? ¿Qué importaría nuestro aprendizaje truncado? ¿Qué importaría el desgarramiento de nuestro corazón? He aquí una mujer que la Raza ha escogido para restaurar la Raza. Y ella cree, naturalmente, que el medio para restaurar la Raza es tener un novio.

—Sí, ya habíamos previsto, como inevitable, la tragedia. Ya sabíamos que un día u otro la Bien Plantada tendría que escoger... Pero ¡nuestra imaginación colocaba tan lejos el vencimiento de esta necesidad!

—No contábamos con lo trágico que nos rodea, lo trágico del día, lo trágico cotidiano. Tal goza de la vida que ya oculta en las entrañas la enfer-

medad de que ha de morir. Y nuestro espíritu se nutría de la Bien Plantada, cuando la Bien Plantada ya tiene novio.

—Pero, en fin, tú te fundas...

—En nada. En la distracción. En algún incidente de la charla. En alguna murmuración de las señoras. En algún detalle por este estilo. En nada, repito; si no es en que hoy llueve y hay nieblas en mi alma, como en el cielo, y me hastío de muerte y casi, casi lloraría!

PARTE TERCERA

I

Fisiología de la Bien Plantada.

No hay sobre la tierra mejor fortuna que la salud. Y la Bien Plantada es tan rica de ella como conviene a su propia misión y perfecto cumplimiento.

El hambre.

Siempre es una ruda prueba para un dios o para una diosa ser vistos cuando comen. Como la excursión de hoy ha durado todo el día, ha sido inevitable que viésemos cómo come nuestra Teresa. Nuestra Teresa tiene buen apetito. No es vegetariana. No es excesivamente golosa. Devora con tanta dignidad como naturalidad.

El sueño.

Juegos de manos en el Casino. Las once. Teresa se inclina al oído de una su pequeña amiga, y, cabeceando ligeramente, le dice:

—No puedo más, se me cierran los ojos.

El mucho sueño de la Bien Plantada es diariamente objeto de nuestras bromas.

La excelsa criatura halla tal vez en el secreto de su dormir no sólo un renuevo de substancia, sino también un renuevo de inspiración. A la hora de su sueño es cuando lo Inconsciente le dicta sus consejos infalibles.

Este gusto del dormir es confesado ingenuamente. Para ella, las ocupaciones se escalonan en el siguiente orden de preferencia:

Primera, dormir.

Segunda, bañarse.

Tercera, ir al teatro.

Cuarta, bailar.

Quinta, recibir cartas de las amigas.

Sexta, coser.

Séptima, lavar, en verano, si no se lo prohibiesen, con los brazos bien hundidos en el agua.

Octava, leer.

Novena, hacer visitas, conversar y otros deberes que la sociedad impone.

Décima, contestar las cartas de las amigas.

El rubor.

No sé por qué el otro día, leyendo la glosa en la que se le daba por símbolo un árbol, Teresa se ruborizó. Fué un espectáculo delicioso, de más valía por su rareza. Nuestra amiga, en efecto, es de las menos fáciles al rubor. En general, conserva siempre su rostro una divina impasibilidad lunaria.

El silencio.

¡Calla tanto y tan bien!

La distracción.

Sí, la palabra pronunciada ayer en la conversación—¡no podemos olvidar aquella conversación!—, es verdad; el estado habitual de nuestra Teresa, más que de distracción, se diría de sonambulismo. Es tan alta, tan quieta, tan igual, por indiferencia a lo que le rodea, que a veces la sospecharíamos de otro mundo.

Pero desde ayer, una nueva sospecha nos muerde el corazón. De otro mundo, sí; pero de otro mundo humano y muy próximo... Cuanto más pensamos en ello, cuantos más días pasan, más la terrible hipótesis se hace verosímil. Mil detalles parecen confirmarla, mil voces la han recogido y la dan ya por segura. Alguien, incluso, cita nombres y cuenta historias. La Bien Plantada debe de tener un novio, fuera de aquí, cerca de aquí.

II

Fiel contraste.

1

La Bien Plantada y un diputado demócrata.

¡Que se sepa! ¡Que se diga! A la Bien Plantada le ha salido un pretendiente. Ha venido estos días al pueblo, y es un joven diputado de la

mayoría parlamentaria; diputado por algún rincón de Galicia. Nos hemos reído mucho.

Como nuestra Teresa es tan pueblo—tan profunda, fina, fielmente pueblo—, y el diputado, tan demócrata, no se han entendido. El quiso deslumbrarla y cautivarla inmediatamente. Ella, con sólo verle, ya advirtió los puntos que calzaba.

Era por la noche, y dulcemente conversábamos, sentados a la redonda en el *paseo de los señores.* Las estrellas, lavadas por una anterior lluvia breve, brillaban como nunca, y el aprendiz dramaturgo, en plática con la Bien Plantada, le decía unas bellas cosas, un poco singulares, que ella entendía a medias, pero que, en su sagrado sonambulismo, debían de conmoverla profundamente. Las hermanas y las amigas secreteaban con discreción. Entonces compareció el joven diputado, presentado por la familia amiga que le tiene por huésped. Con mirada certera de hombre de presa, escogió en seguida su víctima, se colocó cerca de ella, ya que no podía a su lado, y nos dijo, en castellano desafinado por la galaica fonética nativa:

—Este joven modernista que le da conversación pierde el tiempo. En este país, en España, la mujer no tiene cultura.

Dijo *joven modernista* porque en las ciudades donde él vive se habla todavía de modernistas. Dijo la *mujer*, y no las *mujeres*, porque ellos, los jóvenes diputados demócratas, hablan así. Dijo *cultura*, que en su vocabulario quiere decir *ins-*

trucción, porque nunca llegaría él a sospechar que una mujer como Teresa, tan obediente a la oculta tradición, antigua y noble, de su Raza, tendría una cultura, aunque no supiese leer.

Después empezó a brillar en la conversación. Tres tópicos tiene la suya: las alabanzas a Madrid, y, si es verano, a San Sebastián; las cuestiones referentes al ejercicio de su carrera de abogado, y "las ideas". Generalmente explana las opiniones que se le ocurren sobre estos temas, por turno, pasando de uno a otro sin violencia ni bruscos saltos.

Dijo que había estado en el Kursal de San Sebastián, y después, al venir a Barcelona, había querido ver la Rabassada:

—Hay que desengañarse: los catalanes no sirven—*no sirven ustedes*—para estas cosas. No hay aquí aquella animación, aquella esplendidez, aquella alegría; es claro, que no importa el dinero —*que no se mira el duro, vamos*—. ¡Si ustedes viesen aquellos automóviles—*una de automóviles que da la hora*—a la puerta del Kursaal de San Sebastián!

Nadie decía nada, como suele ocurrir en tales casos, y aquel joven se hacía la fiesta para él solo, animado nada más por la aquiescencia monosilábica de alguna señora madura. Cuando la disertación llegó a los temas profesionales, las muchachas se aburrieron y fueron a continuar a cierta distancia su secreteo. Cuando se llegó al capítulo de "las ideas", algunos señores, temiendo "el dis-

gusto", el famoso anual "disgusto" que este año nos hemos ahorrado, se levantaron de las sillas. Todo el mundo los imitó y se disolvió la reunión. Pero el diputado no dejó a la Bien Plantada hasta su reja, y aun creo que después, ya cerrada la puerta, le paseó la calle largo rato.

Al día siguiente era domingo, día de misa... En cuanto vió en la plaza a Teresa, que venía con sus amigas, el pretendiente se le acercó para darle conversación. Hizo algunas graciosas caricaturas verbales de las personas que entraban en la iglesia.

—Mire, mire esta beatona que ahora se acerca con su gran abanico del tiempo de María Castaña.

—Esta señora—respondió dulcemente Teresa—es mi madre.

Después de misa había danzas. Naturalmente, el joven diputado demócrata no sabía bailar.

2

La Bien Plantada y un actor.

Hoy ha venido al pueblo—se dice si tiene aquí parientes—un actor, hijo de aquí, que ha regresado después de largos años de viaje por las provincias y la América, volviendo rico, según se cuenta, en fama y en oro.

Por la tarde, cuando él tomaba café, Teresa pasaba por su lado. El la miraba largamente y yo los miraba a los dos. Y él me movió a infinita piedad.

He aquí el que se ha vendido su Raza; y he aquí a su lado, como forzando a la comparación, la que resta profundamente, esencialmente obediente a su Raza. El, según clamor público, tiene lo que se llama una fortuna y un nombre. Pero ella tiene una nobleza. Y en la cara amarga del actor se lee la terrible caída, y en el rostro serenísimo de la Bien Plantada se lee el tranquilo orgullo.

El ya no es más que un "artista"; una máscara. Y ella es una mujer—completamente.

3

La Bien Plantada y la señora Pona.

... Ni tampoco se han escondido todos los pájaros nocturnos. Vive en el pueblo una señora a la que es costumbre llamar señora Pona, por varias razones. Una de ellas, la de que, efectivamente, se llama un nombre así.

La señora Pona, pues, no halla del todo bien la manera de vestir de la Bien Plantada. Censura su exageración. Ninguno de nosotros lo había advertido. Ella, sí. Y querría que lo advirtiese todo el mundo, y procura conseguirlo con palabras ásperas, torciendo la boca de labios estrechos, mientras brillan con fuego perverso sus ojos, un poco estrábicos.

No hace mucho publicaba un diario de Barcelona muy leído un elocuente artículo contra las modas del día. La señora Pona lo recortó. Y, como

desde que la prensa se ocupa de la Bien Plantada ha nacido en esta colonia la preocupación de que la mitad de lo que sale impreso por esos diarios contiene sutiles alusiones a cosas de aquí, la pobre señora iba enseñando aquel recorte a todo el mundo, diciendo con reír torcido:

—¿Por quién cree usted que lo dicen?

Sospecho que ha acabado por enviar el recorte bajo sobre a nuestra respetada Presidenta. Y entonces ha nacido en nosotros la sospecha de si sería la señora Pona la autora de los treinta y dos anónimos.

Como en los pueblos todo acaba por saberse, todavía ha llegadc a última hora una noticia de sensación. La señora Pona se hace estrechar todas las faldas por una acreditada modista local.

4

La Bien Plantada y la Gioconda.

Estos días se ha hablado tanto de la Gioconda, que, naturalmente, nace el deseo de contrastarla con la Bien Plantada.

De Boticelli a la Gioconda hay un progreso en humanidad. Pues la misma suma de progreso y en igual sentido hay de la Gioconda a la Bien Plantada.

Podemos, por consiguiente, escribir esta proporción:

La Bien Plantada : a la Gioconda :: la Gioconda : a Boticelli.

5

La Bien Plantada y la "Damisela Beata".

¡Pensar que en 1900 había catalanes que, teniendo quizá una Bien Plantada a su vera, se entretenían ejerciendo de pre-rafaelistas!

6

La Bien Plantada y otras heroínas de novela.

He querido también contrastar nuestra Teresa con las heroínas de algunas novelas modernas. He visto en seguida la diferencia esencial de que éstas suelan acabar cuando el libro acaba; mientras que la nuestra, gloria, pompa y prez de la vida, instrumento indispensable de vida, profesora de vida, no sabría morir así como así, para que una novela terminase.

Tal vez, cuesta confesarlo, nuestro egoísmo de alumnos preferiría verla antes muerta que habiendo escogido un hombre. Pero ella no se conformaría tan fácilmente.

7

La Bien Plantada y un mulo de noria.

¡La misma profunda, tranquila, noble obediencia en los dos!

8

La Bien Plantada y Pitágoras.

He aquí la doctrina de Pitágoras, en Crotona, el siglo VI antes del Señor: "Los Números son los principios y la esencia de las cosas."

Es ésta también doctrina de Teresa llamada la Bien Plantada; doctrina profesada, casi sin palabras, en un pueblecillo de marina, provincia de Barcelona, en el año de gracia de 1911. Quien pueda entender, entienda.

III

Donde es conocido el novio de la Bien Plantada.

Esta es la glosa del amargor de boca... Esta es la glosa del gran dolor. Pero nosotros no escribimos un poema lírico, sino un ensayo teórico sobre la filosofía de la catalanidad. Demos cuenta precisa del fenómeno, sin lágrimas, como, a su tiempo, dimos cuenta de la figura y hermosura de Teresa, sin exaltación.

Lo sospechado, lo insinuado, lo previsto, acaba de realizarse ante nuestros ojos. La Bien Plantada tiene un novio. La cosa es pública. Uno de estos días será oficial. Se dice que el día de Año Nuevo será pedida la mano de la excelsa doncella. He aquí rota nuestra imagen. He aquí desierto nuestro templo.

La Anécdota ha devorado la Categoría.

Hemos tenido tres días de fiesta. La tarde del primero, todavía nuestra Teresa bailó con todo el mundo. Mas por la noche vimos ya, desde la entrada, que estaba sentado a su lado, en ānimada conversación, un joven alto como ella, moreno, elegante, con una cuidada barba de diplomático. Aquella noche, nuestra Presidenta no bailó con nadie. Al día siguiente sólo bailó con él. Al tercer día ni ha acudido al baile, ni siquiera la hemos visto. Este ha sido el primer día pasado sin verla desde hace dos meses. Pero casi esta ausencia ha sido para todos nosotros un alivio, de tal manera se nos rompía el corazón al ver cumplida la catástrofe; de tal manera, al verla a ella agitada, contenta y así encendida, ¡a ella, la silenciosa, la distraída, la lunar sonámbula!, una rabia vergonzosa encendía nuestra sangre y nos haría romper en llanto o cometer cualquier locura!

Seamos justos. Si en este naufragio podemos salvar algunos de los tesoros que debemos a la Bien Plantada, salvemos, sobre todo, el sentimiento ecuánime de la justicia. Hagamos constar, pues, que el novio de Teresa es digno de ella, por más de una cualidad. Hagamos constar que es bien plantado también. Esta mujer ha nacido para la Raza y cumple su destino. Y la Raza se restaura sin nosotros, y esto es todo. Y esto es una espantosa tragedia.

Hace tiempo que nuestra amiga conocía al ga-

lán. Pero él no había podido venir hasta hoy. Ahora ha venido; y en la noche de la tercera fiesta se ha vuelto a Barcelona, tranquilo y triunfador.

IV

Donde se consuma la tragedia.

Ahora entre nosotros se ha encendido la guerra, y las pasiones corren, como bestias locas, por la calle. Nuestra Doctora en armonía ya no es; la hemos perdido. Ella representaba la Cultura, ella representaba la Tradición. Ahora es como si nosotros no tuviésemos pasado. Somos como unos salvajes—unos catalanes salvajes—, y la desterrada violencia ha alzado dentro de nosotros nuevo castillo, y ya no podemos dirigirnos la palabra sin ofendernos.

Ahora volvemos a ser como aquellos otros que viven en la desarmonía miserablemente, como los que no abandonan el reniego de la boca, el reniego de gesto, el reniego de ideas; como los que aparejan verbos violentos y blasfemadores, maldicientes y malsonantes o componen prosas bárbaras y rústicas; como los que extreman las opiniones para plantarse en dramáticas actitudes; como los que gritan estentóreamente; como los que en Barcelona cantan por las calles la canción de la Sarasa y la canción de la Serafina, como los que escriben parodias en los periódicos satíricos, como

los que en las "peñas" destilan su veneno, como los que llevan chalecos truculentos y se llenan los dedos de brillantes, como los que contorsionan los productos de las artes en frenéticas estilizaciones, como los que escriben *Cartes de fora* en *La Campana de Gracia,* como los que discuten de política a tiros, como los que asesinan por cuestión de partido, como los que destrozan bárbaramente, sin sobresalto ni inquietud de oído, la prosodia y la sintaxis magníficas del castellano. Volvemos a ser como Don Juan de Serrallonga y los bandoleros, como los guerrilleros y los almogávares, como los del año 8 y los de las guerras carlistas y los caudillos de barricadas y los que violaron las sepulturas en julio de 1909. Volvemos a ser los iberos furiosos, perdiendo nuestro dominio civil de mediterráneos. Volvemos a ser africanos, porque lo europeo, lo clásico que hay en nosotros, sólo el culto a la Bien Plantada puede mantenerlo, acrecerlo y restaurarlo.

Se ha consumado la tragedia. Todo el edificio de nuestra lenta educación espiritual se fundaba en el régimen de igualdad devota a que Teresa nos sujetaba. Un novio ha sobrevenido; la igualdad se ha roto. Y todo ha vacilado y ha venido a tierra. Ahora es el desierto, y en el desierto, el hombre para el hombre, un lobo. Y ya entre nosotros se halla quien proyecta competencias desesperadas, bajos crímenes...

¡Y aún, fortuna que habemos dolor!... Fortuna de esta melancolía del verano que se va, del fin

del buen tiempo, de la separación próxima... Se ha consumado la tragedia, y sabemos todos que ya nada se puede intentar.

V

Donde unas sirvientas van a deshacer la caseta de baños de la Bien Plantada.

El día es nublado y tristísimo, y nuestro mar parece un mar del Norte. Ni un barco en toda su extensión, ni un alma en la playa desnuda. Ha llovido. Silba un viento obscuro; son las cinco y media de la tarde, y se adivina que alguna cosa muy bella entra en agonía.

Dos criadas de recio andar marchan silenciosas, riera abajo, hasta el sitio donde se hallaban las casetas de baños, no hace mucho, rodeadas de tan dulce alegría y deporte. Un conocido, cruzándose con ellas, les ha dicho, tanto la tarde ha obscurecido, "Buenas noches".

Tocan, tocan en la iglesia, rompiendo el encantamiento melancólico de la hora gris, campanas interminables. Dicen que allá, en la punta, ayer cayó un rayo, matando a una criatura de cinco años. En algunas casas, a través de los balcones abiertos, se oye cómo rezan el rosario ya a estas horas. En una, la voz agria de una muchachuela canta una especie de cantilena que dice así: "Y no tienen los pobres trabajo.—Y los ricos no hacen

trabajar.—Por mantener la familia—Se han de vender o empeñar.—A la misa y al Rosario—Vamos todos si podemos,—Y la gloria alcanzaremos —De la patria celestial...” Fuera de esto y de la voz del mar, sorda y suspirante, hay un silencio de muerte.

Las dos muchachas han llegado a la playa. De tantas barracas multicolores que la adornaron, ya no queda sino una que todos conocemos por la de la Bien Plantada. Queda allí, cerrada y olvidada ya hace días, con la gran vela empapada, medio podrida por la lluvia. Es una caseta de construcción americana, cómoda y fácilmente desmontable. Ahora las sirvientas la desmontan, con cierta inhabilidad, pero saliendo del paso. La vela ha sido plegada, y desenterrados los palos gentiles, pintados de blanco y amarillo. Ya han venido a tierra puertas y paredes. De un cabo a otro de la playa se siente este vacío. Ahora todo queda más descampado, más desnudo, más triste.

Los movimientos de las sirvientas se han hecho apresurados y precisos. Un hombre con un carretón se acercaba al lugar, y ahora carga y se lleva bien atadas las maderas. Las muchachas, unidas por las manos, dan al mar, ya negro, una mirada postrera. Han callado todos los otros rumores, y la voz de las olas se ha hecho más sorda y suspirante, como el gemir inacabable de un cautivo. El mar gigante dice de su queja, de aquella queja tan vasta y misteriosa, que, aun siendo casi humana, nadie ha llegado a entender jamás.

VI

"Quand vous serez bien vieille, le soir, à la chandelle,
assise auprés du feu, devisant et filant,
direz, chantant mes vers et vous émerveillant:
Ronsard me celebroit du temps que j'estoit belle.

Lors vous n'aurez servante oyant bonne nouvelle
desjá sous le labeur à demy someillant
qui au bruit de Ronsard ne s'aille réveillant
benissant vostre nom de louange inmortelle.

Je seray sous la terre, et fantosme sans os
par les ombres mirteux je prendra y mon repos;
vous serez au fouyer une vieille accroupie.

Regrettant mon amour et vostre fiel desdain
vivez, si m'en croyez, n'attendez à demain,
cuillez des aujourd'hui les roses de la vie."

Este soneto de Ronsard lo he copiado, a intención de la Bien Plantada, del libro segundo de los *Sonnets pour Hellènè.*

VII

Donde la Bien Plantada contesta el soneto de Ronsard.

He recibido este billete de la Bien Plantada:

"Amigo Xenius:

Vuestro Ronsard dice: *Cueillez des aujourd'hui les roses de la vie.*

La rosa de la mía es mi novio.

Un afectuoso apretón de manos de

TERESA."

Nunca mi amiga hubiera dicho tanto de palabra. Casi me espanta verla escribir así. "Pero es el amor—decía Werther—lo que nos hace valientes."

VIII

La ascensión de la Bien Plantada.

Tristeza y descaecimiento pesaban sobre mi corazón y con sus mil agujas punzábale la inquietud, y por sobre la revuelta yacija rodó el curso de las horas y los minutos de las horas, destilando cada uno su veneno y su tormento. Era alta noche y acaso las primeras claridades del crepúsculo filtraríanse a través de la obscuridad, cuando, finalmente, una suave fatiga descendió a los ojos dolientes, cerrándolos con una maternal dulzura. Acontecióme entonces soñar el sueño que, con la ayuda de Dios, probaré de narraros, porque el bálsamo que me procuraba, yo quisiera, amén, derramarlo sobre vosotros todos.

Hallábame, pues, en medio de una yerma y noble llanura que reconocí en seguida como perteneciente a las cercanías de la santa ciudad de Roma. En el aire mudo, en muchos rincones del horizonte, que verdeaba por las humedades pantanosas, ninguna figura de árbol o arbusto se divisaba, sino la mole chata de un túmulo en ruinas o una compañía de tres arcos, melancólico resto de la fábrica de algún acueducto. Empezaba a obscurecer;

resplandeció alguna impaciente prematura estrella, y la tarde quedó imbuída de una a manera de sordo pavor. Lucía cola uno de los astros, como un cometa lívido, y me ocurrió entonces recordar que la muerte de Julio César había sido anunciada por signos así. Una cabra loca saltaba por allá lanzando balidos siniestros, con las ubres heridas, goteantes de sangre. De improviso pasó furiosamente, en bicicleta, un hombre joven de quebrado color, que en seguida reconocí ser mi amigo José Pijoán, el cual clamaba a grandes gritos: *Bisogna andare alla ferrovia! Bisogna andare alla ferrovia!* Una bandada de cuervos negros se alzó de uno de los arcos del acueducto. Y otros símbolos y presagios.

Súbitamente, la obscuridad se hizo en mi interior y sentí que un aura fresca me regalaba con la gracia de un gran consuelo. La visión cambió, tornándose infinitamente más dulce. Ahora me sorprendió un poco más lejos de Roma, en Tívoli, la del verdor y de los placeres, dignificada por tantas gracias antiguas y toda musical por sus cascadas y cascatinas; y de Tívoli, en los jardines de la villa de Hipólito de Este, que son, para recordados cuando la fiebre abrasa, los más maravillosos jardines del mundo. Ya sabéis que estos jardines dibujan gran rampa, distribuída en escalones y pisos simétricos, desde la reja inferior hasta el *Cassino* cincocentista, que es pequeño y armonioso y degradado de pintura como un joyel leproso. Yo veía todas estas cosas tal como ellas

son, desde abajo, y me hacían compañía a diestra y siniestra, subiendo desde los encendidos rosales hasta el nivel del *Cassino* los altísimos cipreses, aquel perpetuo milagro de cipreses, tan negros, aterciopelados y profundos, y que son, después de los del Giardino Giusti, cerca de Santa María in Organo en Verona, los máximos cipreses de Italia. Yo veía todas estas cosas, digo, y mi ánimo permanecía suspenso cuando de uno de los bosquecillos laterales, simplemente y por sus pasos contados, una divinal figura se acercó hacia donde yo estaba, toda cubierta con un cándido vestido que yo, ¡ay de mí!, bien conocía, pero ahora desceñido de cintura, y con la cabellera suelta y los pies desnudos sobre la arena y las amplias losas del jardín. Era Teresa. Era Teresa, y de así mirarla, tan hermosa, inocente y tranquila, se me apretó el corazón y enrojeció mi frente, y un gran arrepentimiento me llenó de lágrimas los ojos; que la víspera había yo tenido malvado pensamiento, como que la deseaba la muerte, por tal que de su personal y concreto existir no se gozara nadie, sino que los discípulos verdaderos pudiésemos seguir en adoración y aprovechamiento de su pura esencia, empleándola toda en la noble labor de nuestra espiritual edificación. Dolor y vergüenza movíanme, pues, a llorar, cuando la amiga se llegó hasta mí y me daba las dos manos para que se las besara y yo me postraba y conseguía besarla también el pie siniestro que se había avanzado, fresco y rosado y ambarino, así

como un capullo de te. Pero ella retirábalo bajo la ropa y me alargaba nuevamente las manos para que yo dignamente me pusiera de nuevo en pie; y me hacía después con la derecha un gracioso signo para que supiese escucharla aquietadamente. Tornóse entonces solemne la tarde en torno a ella; hasta las fontanas callaron, y, como una bandada de blancas palomas en un rayo de sol, bajaron de ella hasta mí estas aladas palabras:

—No llores, Xenius; enjuga el rostro trasmudado y que los hombres y los dioses vean convertirse esta tu pena en aquello que puede ser definitivo servicio de toda pena, esto es, en obstinada concentración que acrece la energía del doloroso y la torna fuente de trabajo eficaz. Mi angel de la guarda ha querido revelarme la noche pasada tu mal pensamiento, y yo me he entristecido por ti y te he compadecido y me he puesto en seguida en ruta con ansias de traer un poco de consuelo a tu alma enfermada. Que no en vano sobre ti, como sobre todo hombre de tu tiempo desgraciadísimo, trabajaron aquellas abominadas fuerzas de descomposición que por mal nombre llamáis romanticismo y que, como encrespadas olas de revuelta marina, os arrebataron de la roca viva de lo eterno para abandonaros en el ponto de los accidentes y de las pasiones y de las viles anécdotas y de las fatalidades enemigas. El engaño de la hora que pasa os deslumbraba con sus fascinaciones, y así caísteis desde el cielo de las cosas inmortales a las cenizas de la natu-

ra. Porque eso que es llamado la natura, y en que vuestra debilidad os hace decaer tan a menudo, no es otra cosa que la ceniza que se desprende de los ideales cuando se elevan atrevidísimos al cielo, y su residuo y escombro. ¿Has visto alguna vez cuando los niños, por fiesta, danse a encender estos ágiles artificios de fuego que se llaman cohetes, cómo, mientras sube por el aire la dorada estela, cae al suelo algo ya consumido e inútil, un ligero desperdicio? Pues de esta ceniza está formada la natura, que cayó de las ideas, cuando ascendían. Loco de aquel que abandona la serenidad, y loco de aquel que deja que el polvillo de las apariencias llegue a empañar el espejo puro de su espíritu, hecho para reflejar la gloria y lo azul y el curso musical de las cuatro lunas y los meteoros maravillosos.

"Loco tú, más que ningún otro, si ahora, el pequeño accidente de mi existir mortal sabía alterar tu suprema calma y malograba con pasión y trasmudamiento el lento crecer de las semillas que dentro de ti ha sembrado mi aprendizaje para que pruebes a tu vez de verterlas generoso sobre los otros. Aprendizaje practicaste en mí con aplicación y piedad tanta que pronto aprendiste mi secreto, que es lo central de mí misma y lo de más precio. Piensa, Xenius; piensa cómo me he dado y cómo tú has tenido la parte mejor. ¿Un novio te turbaría, una miserable anécdota epitalámica? Como tú me has poseído, Xenius, jamás hombre en la tierra me poseerá. Tú formulaste

mi definición, que es una manera de conquista. Tú aprendiste de mi esencia y la esparcías por el mundo. Tú aspiraste mi oculto perfume y contemplaste desnuda mi entelequia. No hay bien espiritual que no hayamos los dos cambiado como un anillo. Mejor me sabes tú que yo misma; y, parecido a los que guardan las llaves de las férreas arcas de un opulento mercader, tú guardas la llave de mis movimientos y el secreto de su coordinación. Y de todo el oro, escondido en el fondo, tienes ahora soberanía y dueñanza.

"Toma de este oro tanto como quieran tus manos y derrámalo entre los hombres, y derrámalo especialmente sobre tu Raza, que de él está en miseria y necesidad viva. Como las monedas de un imperio la cara de su emperador y la leyenda de su escudo, el oro de la Bien Plantada llevará impresos la imagen y el verbo de la Bien Plantada. Verbo de salvación, porque lo es de normalidad y de medida. Yo no he venido a instaurar una nueva ley, sino a restaurar la ley antigua. No quiero traeros revolución, sino continuación. Tu Raza, Xenius, está hoy postrada por grande mal. Hay los largos siglos de servitud que han extinguido en ella la virtud antigua. Hay la corrupción de las artes, madre de las peores violencias. Hay los hombres furiosos que perpetúan la anarquía. Hay los decoradores frenéticos que han desacostumbrado de toda armonía vuestros ojos. Hay los malos pensadores que tienen las vernaculares ocurrencias, y los malos periodis-

tas que tienen confusionario el gusto, y los malos pedagogos, plagiadores de las turpitudes más idiotas de los fumistas norteamericanos. Pero todo esto es también ceniza y polvo que cae de los ideales cuando suben al cielo. Todo pasará y rápidamente, porque se acercan los tiempos y mil signos la plenitud anuncian. En verdad, sé decirte, Xenius, que la gloria futura de tu Raza ninguna criatura nacida en dolor será capaz de narrarla. Vendrá, vendrá el día en que el Mediterráneo, mar nuestro, verá nacer de las espumas las nuevas ideas, como nació Cypris, y la mente de los hombres se ajustará al ritmo de las olas y serán escritas sus leyes sobre la espalda de los delfines, resplandeciente a la luz del sol. ¿No ves a Italia, esta admirable adolescente, cómo se lanza, impaciente de batallas, mar adentro, Oriente adentro, y Nike alada se posa en la proa de sus navíos que llevan, más alta que las banderas, la bendición del Padre Pontífice de las gentes católicas? Retrocede la morisma infiel y un viento de antiguas glorias hace estremecer los laureles de todas las islas. ¿Y no resonaba ahora mismo, en uno de los rincones de este mar, una voz filosófica, no entendida todavía por nadie, anunciando la resurrección de Pan? ¿No acarician hoy selectos entendimientos la concepción y la palabra "pluralismo"? ¿No deshacéis ya los caminos de ciencia y meditación que os habían alejado demasiado de las lecciones ancestrales armoniosas? En breve será hecha la luz, y los hombres reco-

nocerán nuevamente que, más que en toda la bárbara ciencia que habéis aprendido, hay verdad y sabiduría en una sonrisa de Sócrates o en una voladora y cantadora metáfora de Platón, el divino. El gusto irá haciendo cada día más amada la moderación y decaerá así el culto impuro del Becerro, y los hombres serán menos tiránicamente movidos por el apetito del logro, y se dará su justo precio al ocio exquisito y al sagrado juego y a las formas acabadas y a la ironía. Verás entonces resplandecer la nobleza de tu fina Raza en toda su claridad. Las razas toscas o menos refinadas os envidiarán y no tendrán, sin embargo, bastante boca para alabaros, y proclamarán por todos los ámbitos que sois parecidos a los ángeles o semidioses.

"Mientras tanto, que cada uno desvele y cultive aquello que en él hay de angélico, esto es: el ritmo puro y la suprema unidad de la vida; lo que declarado quiere decir: la elegancia. Aconsejaron los últimos románticos: Haz tu propia vida como un poema. La Bien Plantada aconseja mejor: Haz tu propia vida como la elegante demostración de un teorema matemático. Desarrollando firmemente este proposito en lo esencial no temáis los accidentes, y aun podéis complaceros graciosamente en las pequeñas curvas. Si vigiláis con despierta conciencia el normal desarrollo de vuestra conducta, todas las desviaciones momentáneas se fundirán en una larga rectitud. Sócrates podía frecuentar, sin mácula de su alba

túnica de filósofo, la compañía de los retóricos, de las hetairas y de los libertinos. Así mis amigos podrán pasar por aulas y redacciones y aun por teatros y ramblas, y aun, si tan bajo quieren llegar, por tabernas y lustros, sin perder la esencial elegancia de su vida, sin turbamiento de su serenidad; porque llevarán consigo a todas partes una misma primacía de los valores de contemplación, una ironía rica en indulgencias y una misma majestad y prudente juicio y mesura. Pero tú, dilecto, te reservarás más, en memoria y signo de haber oído directamente mi palabra. Tú has de ser ejemplo de calma y no serás infiel al sentido de la proporción. Veo que se ha serenado tu rostro mientras yo te hablaba y que las lágrimas se evaporaron. Así te quiero; y solamente a precio de esta contención podrás anunciar mi palabra. Ve, pues, e instruye a las gentes, bautizándolas novecentistas en nombre de Teresa. Yo, en tus caminos por el mundo, jamás te abandonaré. Invisible, iré siguiéndote en tus andanzas. Si en disturbio o duda te ves, o en peligro, invócame, y en seguida alguna señal sabrá revelarte mi oculta asistencia y confortamiento. Yo conozco tus debilidades, como tú has conocido mis fuerzas. Adiós, Xenius, y recibe ahora para todas tus empresas y viajes mi bendición."

Dijo: y mi ánimo estaba embargado, y yo no movía pie ni labio, y mi corazón permanecía detenido y en alto todo mi ser y en suspensión de su marcha circular los cuatro humores o tempera-

mentos. Así la vi, como ya silenciosa y tiernísima en el mirar, se alejaba de mí ascendiendo calmosamente las inacabables graderías del jardín. Ora desaparecía detrás de un bosquecillo, ora volvía a verla en un piso superior. Llegó al *Cassino*. Pero un minuto después la divisé aún más alta, y en seguida en el mismo cielo. La blanca vestimenta se hizo imprecisa a mi mirada. De pronto, mis ojos ya no la vieron más.

En el lugar donde ella desaparecía así, apuntaba una estrella de plata. Es una estrella nueva. Mañana los astrónomos la verán, la catalogarán le darán un nombre. Pero yo, mientras aliente, en cualquier crepúsculo o noche de mi corta existencia, por tierra o por mar, en próspera como en adversa fortuna, en peregrinajes o navegaciones, en hora de placer o en hora de desesperanza, en lecho de mañanero gozoso despertar o alzando los ojos al cielo vespertino desde la yacija de larga agonía, no sabré dar a la estrella otro nombre que el nombre dulcísimo de la Bien Plantada.

EPILOGO

Rememos, Nando, rememos, que la noche se nos viene encima y el mar se alborota. Caen mis brazos rendidos de fatiga, y el calambre muerde mis pies en el fondo de la barca. Ahora adivino el pensamiento que no dices. Ahora piensas que si yo dejaba de ayudarte, tú, solo, adelantarías más. Sea, pues, Nando; aquí me tienes en tus manos por entero. Tú me guías, en ti confío, soy tuyo para la vida y para la muerte. ¡Oh, Nando, mi bravo pescador, el flaco, el de la cara hosca, el de los ojos claros, el del maravilloso silencio, que nunca has pronunciado siete palabras seguidas y todavía obscuras y enfurruñadas! Tu silencio, ¡oh mi nombre de Pueblo!, ¡oh, señor mío y mi guía, ha defendido como un escudo tu pureza, la ha exacerbado, como un cilicio! Así este pobre cuerpo tuyo, áspero y combatido, es también un a manera de templo de cosas inmortales. Rema, Nando, cumple la profunda ley, mudo como siempre, ante el negro mar confuso. La Bien Plantada...—¡mira la playa desnuda, mira a lo lejos vacía y cerrada la casa!—la Bien Plantada era lo mismo que una esplendorosa basílica de aque-

lla misma religión de que tú eres pequeñuca ermita marinera. Ahora ella nos ha abandonado y sólo nos quedas tú para aprender y rezar delante de ti. Yo acudiré, pues, ¡oh puro hombre de Pueblo, a tu escuela! Yo vendré de cuando en cuando a ti, para repasar en el pequeño catecismo las lecciones estudiadas en la Biblia magnífica. Tú conservas también la Raza y obedeces sus designios también, como Teresa los obedecía y las sumisas bestezuelas del Señor, que cumplen las tareas inacabables. Hay en una nación una sola Bien Plantada, pero hay millones de trabajadores silenciosos y esforzados. Adorar la viviente imagen de una mujer arquetípica es cosa de un verano único; pero es preciso remar cada día. Las inspiraciones significan momentos divinos; pero la continuidad representa también una inspiración que santifica una larga serie de momentos. Deja, pues, Nando, mi pescador, que al saltar a tierra, antes de separarnos, la mano en la mano, los ojos en los ojos, te dé las gracias por la lección que me has dictado y que sabrás dictarme todavía más de una vez: la lección de la callada energía, del trabajo cotidiano y humilde.

FIN

ÍNDICE

Págs.

Prólogo a la segunda edición castellana........ .. ... [illegible]

PARTE PRIMERA:

I.—De la aparición de la Bien Plantada.............. 9
II.—De la figura y externas condiciones de la Bien Plantada 12
III.—De la moda y del modo de vestir de la Bien Plantada 14
IV.—De una frase de la Bien Plantada con la respuesta a algunos corresponsales indiscretos...... 16
V.—Del pueblecito donde veranea la Bien Plantada. 18
VI.—Nuevas revelaciones sobre los ojos de la Bien Plantada 22
VII.—Del terrible poder de una mujer hermosa...... 24
VIII.—De cómo la pujanza de la Bien Plantada se ejerce sí para el orden; para el desorden, no. 26
IX.—Del dulcísimo nombre de la Bien Plantada, con otras particularidades .... [illegible]

PARTE SEGUNDA:

I.—Donde se pone en claro que la Bien Plantada nos fué traída de las Américas................ [illegible]
II.—De la colonia que tiene el honor de contarla en su seno.. . 36
III.—De sus hermanas........... 41
IV.—De sus amigas............. 42
V.—De la casa en que vive.......................... 44
VI.—De las cosas que la rodean. 47
Pausa o intermedio.. 53

Págs.

VII.—La caridad........ 63
VIII.—Los anónimos........ 66
IX.—Donde la Bien Plantada toma un último baño de mar........ 68
X.—Del símbolo de la Bien Plantada........ 69
Episodio de Magdalena, amiga de la Bien Plantada.... 71
XI.—Lluvia y sospecha........ 78

PARTE TERCERA:

I.—Fisiología de la Bien Plantada........ 81
II.—Fiel contraste........ 83
III.—Donde es conocido el novio de la Bien Plantada. 90
IV.—Donde se consuma la tragedia........ 92
V.—Donde unas sirvientas van a deshacer la caseta de baños de la Bien Plantada........ 94
VI.—Soneto de Ronsard........ 96
VII.—Donde la Bien Plantada contesta al soneto de Ronsard........ 96
VIII.—La ascensión de la Bien Plantada........ 97
EPILOGO........ 107

CONDICIONES ECONÓMICAS

DE LA

COLECCION UNIVERSAL

Cuando CALPE proyectó esta hermosa serie de libros maestros, atendió inmediatamente a resolver dos partes principalísimas del problema: la de la producción abundante y la de la economía en el precio.

La primera, que forzosamente había de ser crecida, en virtud de la inmensa cantidad de obras que integran el gran libro de la literatura universal, quedó resuelta con la ayuda de numerosos y distinguidos literatos y traductores que, además de su producción original, se ocupan en el difícil trabajo de escudriñar las bibliotecas más famosas del mundo, y, añadido esto, a poder contar con muchos y modernos materiales de artes gráficas, ha sido posible llegar a una producción de

VEINTE NUMEROS DE UNAS CIEN PAGINAS CADA MES

tamaño 10 ½ × 15 ½ centímetros, que equivalen a un total de unas

VEINTICUATRO MIL PAGINAS ANUALES

Pero hubiera quedado incompleto nuestro propósito, si a la mencionada producción no hubiéramos podido hermanar la economía en el precio. Al efecto, merced a un gran esfuerzo de organización y a los muchos elementos y desembolsos destinados a esta Biblioteca, hemos conseguido poder fijar para los volúmenes sueltos el ínfimo precio de

TREINTA CENTIMOS CADA NUMERO

que quedan reducidos a la limitadísima cantidad de

VEINTICINCO CENTIMOS

para los que se suscriban por un trimestre, un semestre o un año, a la proporción de quince pesetas cada tres meses.

El tipo de volumen regular es el de unas

CIEN PAGINAS

con un número de orden, y al precio de treinta céntimos cada uno; pero cuando por la extensión del original sean precisas más páginas, el volumen será *doble*, *triple* o *cuádruple*, con dos, tres o cuatro números de orden, y a los precios de

60 cénts., 90 cénts. y 1,20 pts.

por tomos sueltos, o a la proporción de

50 cénts., 75 cénts. y 1,00 pts. por suscripción.